



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO
FACULTAD DE HUMANIDADES**

LICENCIATURA EN FILOSOFÍA

T E S I S

La constitución del hombre virtuoso con base en la filosofía de San Agustín

Que para obtener el título de:
Licenciado en filosofía

Presenta:
Jairo Martínez Aguilar

Asesor:
Dr. J. Loreto Salvador Benítez

Toluca, Estado de México, 2024

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO 1. LA CONSTITUCIÓN TRIÁDICA DEL HOMBRE SEGÚN SAN AGUSTÍN	9
1.1 Dios y el principio de la vida espiritual en San Agustín	9
1.2 El cuerpo como instrumento del alma	15
1.3 El espíritu como la parte divina del hombre	21
1.4 La relación de la constitución del hombre con Dios	27
CAPÍTULO 2. LA IMPORTANCIA DEL AUTOCONOCIMIENTO PARA LA VIDA COLECTIVA	39
2.1 La importancia del autoconocimiento	40
2.2. El autoconocimiento para la virtuosa directriz del ser	42
2.3. Las pasiones y deseos del alma	45
2.4 El amor en el autoconocimiento en la filosofía agustina	49
2.5 La amistad como fuerza para la unidad social	55
CAPÍTULO 3. LA FORMACIÓN VIRTUOSA BASADA EN LA ÉTICA AGUSTINIANA	61
3.1 El concepto de virtud para San Agustín	61
3.2 La educación bajo el concepto de virtud de San Agustín	63
3.3 El aprendizaje mediante el error y la influencia familiar	68
3.4 El propósito de una educación con virtud: la felicidad.	73
Conclusiones	78
BIBLIOGRAFÍA	87

INTRODUCCIÓN

En el presente trabajo se abordarán ideas importantes de San Agustín: la educación en torno a la virtud, la concepción del amor, la búsqueda interior, así como la importancia de fortalecer las capacidades anímicas de los individuos para un mejor desarrollo ético-moral de las personas. Se considera que Dios ocupa un papel sustancial en la filosofía agustiniana, así como en todos los autores medievales, ya que éste se manifiesta como el principio creador de todo lo que existe, manifestándose como el ente perfecto; quien es el que es; la virtud y el bien supremo. De toda la creación divina existe una con cualidades físicas y espirituales con las que puede dar cuenta de lo que yace en la creación: el hombre. Conformado por un cuerpo y alma que constituye su espiritualidad, gracias a estos aspectos que trabajan en unidad el ser humano es capaz de comprender lo que acontece a su alrededor, desde el funcionamiento de la naturaleza, hasta aquello que escapa de las palabras como lo son sus sentimientos o emociones, las cuales son de utilidad para conciliar con los otros, logrando así poder vivir en comunidad.

Luego de hacer una revisión del concepto de hombre en San Agustín, nos enfocaremos en la importancia del alma para el ser humano, pues en esta se manifiesta todo lo que tiene que ver con un aspecto intelectual y emocional, mismos que se construyen con base en las experiencias de cada persona, pero toda esa información debe de estar dirigida hacia un punto: a la vida en comunidad, el actuar con virtud; por tal motivo los sujetos deben de tener una preparación o educación.

La educación direccionada a la virtud permite que los individuos le den cabida a la medida (interior como exterior), mediante el dominio de sus pasiones, esparciendo a esta en las relaciones interpersonales que tiene el sujeto: la amistad y el amor. Especialmente estos dos porque mantienen unidos a la comunidad; sin embargo, también se debe tomar en cuenta la finitud del hombre, prepararnos ante la muerte para afrontar esta situación de la mejor manera.

A lo largo de la historia, la educación tiene por encargo el desarrollo de las capacidades del alma¹ de los individuos, la cual se ha priorizado para la búsqueda de sí, configurando un carácter individual que le ayuda a las personas en su desarrollo social. El desarrollo intelectual del ser humano también forma parte de una educación virtuosa para poder formar futuros ciudadanos que poseen conocimientos esenciales sobre el funcionamiento del mundo material, propiciando la subsistencia de los sujetos. El llevar a cabo una preparación virtuosa contribuye a que las personas construyan una conciencia que les vislumbre la dirección de sus pasiones, para no caer en egoísmo, evitando actos deleznable debido a que se habita en una sociedad en la que los deseos corporales se colocan por encima de todo, ganando el significado de felicidad.

El objetivo de este trabajo es analizar las ideas de San Agustín sobre los componentes espirituales del hombre, destacando la importancia del autoconocimiento para luego direccionarlo hacia un actuar con virtud. A través del análisis e interpretación de los aportes de San Agustín se trata de brindar un nuevo panorama de la vida en sociedad e individual de los sujetos, motivándolos a procurar una calidad de vida. El tema se desarrolló con base en una extensa búsqueda e interpretación de las ideas de San Agustín que yacen en textos como: *Confesiones*, *La ciudad de Dios*, *El origen del mal*, *Ochenta y tres cuestiones diversas*, entre otros, en los cuales, el autor destaca su importancia para el buen vivir de los sujetos, centrando la educación virtuosa en un quehacer espiritual y no sólo intelectual.

Este tema se ha elaborado con el fin de otorgarle un mayor reconocimiento a la educación virtuosa del ser humano; educación que está encaminada al autoconocimiento, a la medida de las pasiones, el fortalecimiento de lazos afectivos; una vía para que los sujetos se encuentren consigo mismos, para que su voluntad los guíe a sus objetivos, así como a su perfección individual. El fortalecimiento de una educación centrada en los valores, virtudes, principios, lazos afectivos, propicia el crecimiento espiritual de las personas. Con lo anterior se expande un horizonte que

¹ A lo largo de este trabajo la palabra “educación anímica”, se utilizará con el fin de remarcar una educación que perfeccione al alma

tiene la capacidad de mejorar la existencia particular de los individuos, consiguiendo menores perturbaciones anímicas, superando el estrés cotidiano que sufren por la presión social, sobre todo por tratar de alcanzar un ideal de felicidad que sume a la sociedad en un potencial estrés, al estar basada su cultura en la acumulación de riquezas materiales; no sólo la felicidad, sino la idea de éxito también.

Este tema trata de recuperar la importancia de la parte anímica de los seres humanos, tomar en cuenta el alma, las emociones, la búsqueda de uno mismo, que propician una vida iluminada para encontrar la felicidad, es decir: el desarrollo espiritual humano; el desarrollo intelectual, así como mantener al alma alejada de un exceso material se muestran como la clave para alcanzar un desarrollo pleno para la vida, mismo que mantiene un equilibrio interno y externo del sujeto.

San Agustín participa con un papel fundamental, resaltando el valor a la dualidad del ser humano, una material y otra espiritual, cuyo desarrollo tiene que ser el adecuado para lograr alcanzar la superación de los límites terrenales y con ello expandir nuestra visión hacia lo que se encuentra en el universo abstracto del espíritu; la búsqueda de uno mismo, así como el guiar la voluntad, junto con lo emocional, hacia un actuar con virtud para llegar a lo que Agustín entiende como santidad.

La purificación del alma, el dominio de las pasiones, el vigorizar la voluntad, disciplinarnos, estos son los objetivos que debe de tener una educación virtuosa, permitiendo vislumbrar adecuadamente la formación íntegra de las personas, para obrar con bondad y unidad, dando paso a una existencia plena. Esto resalta la importancia de la educación moral, ya que es el primer paso para la construcción del hombre virtuoso.

El personaje principal del cual se toman las ideas medulares para la construcción de todo argumento en esta investigación es San Agustín, uno de los pensadores más importantes de la filosofía cristiana, cuyo papel para el pensamiento religioso de la Edad Media lo consagra como un Santo: una persona que ha alcanzado un grado de iluminación o pureza espiritual, según la iglesia católica.

Agustín de Hipona nació el 13 de noviembre del año 354, en la África Romana, específicamente en Teggaste. Su madre, Mónica, era una mujer católica muy devota, quien siempre estuvo velando por la salvación de su hijo. Su padre, Patricius Aurelius, era un hombre pagano al servicio de Roma. Agustín desde niño fue de un carácter fuerte, soberbio, y, a lo largo de su juventud, estuvo envuelto en una vida de excesos, aventuras, nada relacionado con lo que se supone debía de ser un santo; sin embargo, Mónica siempre mantuvo la fe en que su hijo llegaría al camino correcto para redimirse.

En su mocedad, San Agustín se dirige a Cartago para estudiar retórica, iniciando de esta manera su recorrido por el escarpado camino de la filosofía y la búsqueda de la verdad, misma que aparece por encima de todo lo que pensaba, cosa que él deseaba con tanto anhelo. De esta manera, también se involucró en los estudios religiosos, comenzando con los maniqueos: una religión con mucha fuerza en aquellos tiempos. El tópico de interés para Agustín estaba enfocado en la maldad y cómo es que se podía evitar; pasó mucho tiempo indagando, pero en esa búsqueda sobre el mal, así como el de la verdad, las preguntas empezaron a florecer, hasta que llegó a la comprensión del autoconocimiento, la inquietud primera con mayor importancia.

Años más adelante su travesía lo conduce a Milán, donde conoció a San Ambrosio, un hombre con la sabiduría suficiente para saciar las preguntas de Agustín, quien lo impulsó a descubrir su propio camino, así como determinar su vocación dentro de la religión católica. Fue bautizado en el 387. Posterior a su bautismo, Agustín regresó a África, en el 388, para seguir con su trabajo como obrero de Dios, ordenándose como sacerdote en el 391; continuó su camino espiritual durante toda su vida, llegó a ser obispo en el 395. Después de haberse redimido por su juventud eufórica y de excesos, en sus años de madurez logró esclarecer su mente, encontró sus respuestas a la interrogante sobre la maldad, consiguió buenos amigos que le ayudaron a fortalecer su espíritu, purificar su alma, mirar al mundo desde una perspectiva diferente, sobre todo gracias al apoyo de su madre que hasta en sus últimos días se preocupó por su bienestar, y cuando fue su hora de partir la hizo sentir orgullosa por haber afrontado sus pecados.

Ésta tesis se organiza de la siguiente manera: en el capítulo primero, sobre la constitución del hombre, se retoman las siguientes ideas: el ser humano está constituido en tres partes, el cuerpo, el alma y el espíritu. El cuerpo es la carne que permite a los seres humanos estar dentro de un mundo terreno, teniendo la oportunidad de experimentar diversas circunstancias de él mediante los sentidos; el alma es la “esencia” con mayor responsabilidad al momento de concentrar una parte intelectual donde se resguarda, a través de la memoria, la información adquirida por los sentidos, de esta manera se conoce al mundo y se clasifican las cosas que pueden ser benéficas o dañinas para los hombres, así mismo, también contiene una parte emocional o pasional con la que los individuos pueden empatizar con los otros; de igual forma diferencia los gustos y los disgustos que surgen de la información recabada mediante los sentidos; empero, esta alma debe de estar encaminada a hacer el bien, de lo contrario se enturbia, descontrolando las pasiones que no le permiten ver con claridad las cosas, terminando por ocasionar caos, perderse en el pecado sin poder contemplar lo que se encuentra más allá de lo terreno.

Para que el alma pueda mantenerse direccionada a la virtud se necesita de una guía que le permita discernir entre lo correcto y lo incorrecto, para luego alcanzar el tercer aspecto del ser humano, el espíritu, mismo que, según San Agustín, se aprecia en el momento en que nuestra alma se mantiene en armonía, sin dudas o agitaciones que le impidan la trascendencia. A lo largo de la historia, la religión se ha encargado de esta tarea, siempre ha velado por el bienestar anímico de las personas, otorgándoles fe, esperanza o algún sentido para continuar viviendo; llena a los sujetos con valentía, coraje, bondad, pero también con conciencia, acerca de sí mismos y la relación que se debe de tener con los demás.

En el segundo capítulo, el autoconocimiento se alude como un valor fundamental para la vida de los seres humanos, al tiempo en que los individuos dan cuenta de su propia existencia, mediante las experiencias sensoriales y emocionales que constituyen la identidad. A lo largo del desarrollo individual, los sujetos se ven afectados por diversos estímulos provenientes de la dimensión física, los cuales conllevan al establecimiento de

juicios que clasifican y ordenan los entes, mismos que denotan placer, dicha, alegría, calma, gusto, ira, rencor, asco, disgusto, desprecio, rechazo, entre otros.

Las experiencias no solo permiten al sujeto reconocer qué es lo que le agrada o le disgusta, también le permiten percatarse sobre sus cualidades y virtudes al momento de llevar a cabo una actividad, es decir, lo que es factible realizar con relación a sus capacidades físicas e intelectuales. Aceptar y reconocer dichas limitantes consigue vislumbrar lo inconcluso de su humanidad, por ende, se posee la oportunidad de progresar constantemente hasta llevar a cabo una metamorfosis que alumbra un individuo renovado, con un mayor acercamiento a la perfección.

Para conseguir el objetivo deseado, es necesario que los sujetos abracen sus virtudes y sus defectos, percatándose que la razón no lo es todo; ya que, del mismo modo, residen en él pasiones y emociones cuyo cometido le permite a los individuos empatizar con los otros, así como apreciar la vida misma. Las pasiones despiertan en cada persona deseos que los motivan a realizar múltiples acciones para obtener algo que les produzca placer, satisfacción o felicidad. En cuanto a las emociones, se manifiesta como el producto final (en una dimensión anímica) luego de hacer todo lo posible para satisfacer un deseo.

Las pasiones en sí mismas no tienen cabida en la perspectiva humana sobre el concepto de lo bueno y lo que es malo, más bien, adoptan un lugar en dicha clasificación en tanto que estas afectan o deleitan la vida de los individuos. Teniendo en cuenta los ideales filosóficos de Agustín de Hipona sobre este eje temático, los deseos y pasiones adoptan una clasificación entre lo virtuoso y lo pecaminoso dependiendo de las decisiones personales. Cada persona tiene la capacidad de tomar sus propias decisiones, sin embargo, debe de considerar las repercusiones de cada elección. Quienes no dimensionan el impacto de sus decisiones, enceguecidos por la pasión o el deseo, las repercusiones suelen afectar atentando contra el bienestar físico o espiritual individual, como a terceros, por tal motivo es recomendable actuar con mesura, dominar los impulsos para mantener un equilibrio anímico que propicie la armonía interna, de igual manera que con los demás sujetos o entes con quienes se comparte el mundo.

El reconocimiento de los otros, ya sea el prójimo o las criaturas que habitan en el mundo, favorecen las relaciones interpersonales, como la amistad y el amor. El amor junto con la amistad llenan de gratitud las expensas de los sujetos en el mundo, ensanchando el horizonte de la existencia al compartir diferentes puntos de vista sobre lo que acontece alrededor; sin embargo, estos aspectos compartidos deben de acrecentar la virtud en los individuos, la amistad y el amor verdadero están fundados bajo valores o principios que tienen por objetivo el ayudar al otro a perfeccionarse continuamente para conseguir una trascendencia, al igual que propicia una comunidad estable.

El capítulo tercero se sumerge en el estudio de la virtud, misma que en términos agustinos se entiende como el perfeccionamiento de los individuos, el cual posee un mayor enfoque en el terreno espiritual. Para ello se comienza desde la misma individualidad, cada persona requiere disciplinarse en el autocontrol de sus emociones o pasiones, mejorando aquellos hábitos que limitan el reconocimiento de los límites humanos, dando como resultado un alma sabia. Para San Agustín esto se completa gracias a la participación de Dios para con los individuos, ya que Él es verdaderamente sabio y ha compartido dicha sabiduría mediante su palabra escrita.

La virtud, así como la sabiduría, destacan en una armonía individual que se desprende hacia la vida en comunidad. Empero, la formación de los sabios o personas virtuosas no descansa unánimemente en inmensas bibliotecas, las experiencias también contribuyen a la formación, por ende, es importante estudiar, divertirse, descansar, conocer nuevas personas, atreverse a realizar cosas nuevas; los aciertos y errores dan a conocer a las personas sus fortalezas y debilidades, así como se esclarece una forma de ser en el mundo. Para que las personas traten de alcanzar la perfección en los límites humanos, es necesario que sean guiadas por aquellos con mayor experiencia, en especial los padres o la familia, los cuales deben de animar a las nuevas generaciones a seguir el camino de la virtud, no sólo ocupándose de construir una educación que se enfoque en la razón y el intelecto, también debe de fortalecer la voluntad, puesto que una educación virtuosa radica en el actuar de los individuos, en una ética que procura el

bienestar individual como colectivo. Los padres, al ser los primeros que actúan en la educación de los hijos, tienen por encargo darles a conocer valores y principios que participen como cimientos para la formación de los hijos, mismo trabajo exige que los padres actúen con coherencia, convirtiéndose en el ejemplo a seguir, aspecto que también los profesores deben de considerar.

La educación espiritual ligada a la virtud se destaca como el control de las pasiones así como el de las emociones, las cuales deben de regularse para dar como resultado un orden que le permita a los individuos el perfeccionamiento del alma; de igual modo, la mesura y la empatía propician una convivencia armónica con los otros, dando paso al fin más importante: la felicidad. En un principio Agustín establece que la felicidad aparece en tanto que se alcanza algo que se desea, sin embargo, aquello que muchas veces es deseado radica en los bienes materiales, siendo finitos, lo cual trae consigo preocupación y malestar. Para evitar dicho malestar de una felicidad limitada es necesario que los sujetos acepten la finitud de las cosas del mundo material, aprovechar el presente en que se alcanza lo deseado, para cuando se llegue el final de algo no se sufra algún tipo de remordimiento.

La felicidad que nunca cambia y está por encima del tiempo es la que se encuentra en Dios, pues este proporciona una felicidad eterna por sus cualidades, además de que consigue una felicidad diferente a la del mundo físico, puesto que yace en una dimensión espiritual. Con lo anterior, se retoma de nueva cuenta la importancia del autoconocimiento, pues al momento de escudriñar el interior individual, cuando el sujeto llega a lo más profundo de su ser, da cuenta de la morada de Dios. La verdadera felicidad se encuentra en Dios, y, a su vez, Él está en lo más recóndito del alma, lo que permite apreciar que la verdadera felicidad no radica en la obtención de deseos materiales, sino que se encuentra en el interior de cada sujeto. Todos son dueños de su propia felicidad, y aquellos que son felices están libres de malestares provenientes de preocupaciones, son quienes consiguen un orden interior que se manifiesta en el mundo exterior, mediante un actuar con virtud. Quienes buscan la sabiduría o la virtud, encuentran la felicidad verdadera.

CAPÍTULO 1. LA CONSTITUCIÓN TRIÁDICA DEL HOMBRE SEGÚN SAN AGUSTÍN

1.1 Dios y el principio de la vida espiritual en San Agustín

Para la mejor comprensión de las ideas de San Agustín, así como para todos aquellos pensadores que erguían sus ideas dentro de la Edad media, la fe en Dios, junto con toda la estructura religiosa es de gran importancia, pues conforme a estos componentes se tenía la posibilidad de alcanzar un conocimiento que pudiese develar las incógnitas de la naturaleza, el mundo y el universo de lo sensible y suprasensible, al mismo tiempo que se logra revelar la directriz ética propuesta por Dios mediante su palabra, o a través de la iluminación; junto a ello se visibiliza el propósito del hombre en la tierra, el origen del todo y la función de los demás entes con los que se comparte la creación.

La fe en Dios impulsa la búsqueda de la verdad, y, durante el contexto medieval, a lo que se aspiraba era crecer espiritualmente de la mano de Dios, sin embargo ¿En dónde ha de iniciar el camino para llegar al señor? Para comenzar, San Agustín establece que:

Dios es, sin duda, substancia, y si el nombre es más propio, esencia; en griego *ousía*. Sabiduría viene del verbo saber; ciencia, del verbo *scire*, y esencia, de ser [...] Todas las demás substancias o esencias son susceptibles de accidentes, y cualquier mutación, grande o pequeña, se realiza con su concurso; pero en Dios no cabe hablar de accidentes; y, por ende, sólo existe una substancia o esencia inmutable, que es Dios, a quien con suma verdad conviene el ser, de donde se deriva la palabra esencia. Todo cuanto se muda no conserva el ser; y cuanto es susceptible de mutación, aunque no varíe, puede ser lo que antes no era; y, en consecuencia, sólo aquel que no cambia ni puede cambiar es, sin escrúpulo, verdaderamente el Ser.²

² Agustín, Hipona de, "Tratado sobre la Santísima Trinidad", V, 3, 8, *Obras completas V*, (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1956), p. 397

Para Agustín, Dios es un ser absoluto, omnisciente, omnisapiente y omnipresente; una esencia inmutable, desligada de imperfecciones y errores que, en su comprensión absoluta, está más allá de los límites de la razón humana por sus cualidades divinas. Dios es el que es, quien mora más allá de los límites temporales y materiales, aquel que pone en orden a toda la creación con su inmensa sabiduría. Siguiendo a Agustín: “el orden es por el que Dios hace todas las cosas”³. Es indispensable divisar al orden fuera de los límites humanos, puesto que es un factor que gobierna al extenso cosmos, Dios, mediante el orden, es quien dirige la creación, más allá de lo que consideramos correcto o incorrecto;

¿Cómo puede tener contrario lo que todo lo ocupa, lo que reina por doquier? Pues lo que es contrario al orden debe hallarse fuera del orden. Y nada veo puesto fuera del orden, ni se puede pensar que hay nada contrario a él.

—Luego ¿no es contrario al orden el error? —le preguntó Trigeo.

—De ningún modo—replicó—. Pues nadie veo que yerre sin causa. Y la serie de las causas pertenece al orden. Y el error no sólo tiene causas que lo producen, sino efectos que le siguen. Por consecuencia, no puede ser contrario al orden lo que no está fuera de él.⁴

El orden remite al flujo de múltiples factores cósmicos con los que se constituye el todo, del cual se vislumbran dos dimensiones: la material y la espiritual. Por la dimensión material se alude a todos los objetos que habitan en el mundo, así como a las plantas, los animales y los humanos; no obstante, también participan los planetas, las estrellas, las constelaciones, el universo mismo. En cuanto al plano espiritual, reposa en lo que anima a la materia, el aliento divino que dota de vida a la creación. La espiritualidad es poco entendida por los individuos, sin embargo, esta resuena en el ethos y en la conciencia individual. En sí mismo, lo espiritual rebasa los límites del entendimiento humano, sólo puede ser concebido en su totalidad por un ser superior.

³ Agustín, Hipona de, “Del orden”, II, 4, 11, *Obras de San Agustín I*, (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1969), p. 644

⁴ San Agustín, *Del orden*, *Op. Cit.*, I, 6, 16, p. 610

El todo ordenado, se exalta en una danza uniforme de lo espiritual y lo material, la cual discurre a través de múltiples cambios y movimientos, que, a pesar de su naturaleza caótica, es lo que propicia una armonía en la creación. Por dicha afirmación, el error no tiene cabida, ya que este mismo actúa como una causa que propicia un efecto que conlleva de nueva cuenta al flujo transformador, mismo que escapa de lo entendido como bueno y malo en límites humanos. “No sólo, pues, los bienes, sino bienes y males están regidos por el orden. Cuando decimos: todo lo que existe, no hablamos solamente de los bienes. De lo cual se sigue que todas las cosas que Dios administra se moderan con orden.”⁵ Dios, al ser eterno y perfecto, considera infinidad de causas y efectos que hacen de ella perfecta.

En medio de la creación de Dios, del orden cósmico que dota de vida al universo, el ser humano se alza como la criatura más cercana a Él, bendecido con una razón y un alma con la que puede explorar tanto el mundo material como el espiritual, teniendo la misión de regresar de nueva cuenta con su creador, Dios, siempre y cuando su voluntad se dirija hacia la virtud.

En cuanto a Dios y su creación. Al principio Él creó la luz, el mundo y todo ente habitante del cosmos colosal, pero a una en específico le otorgó dotes especiales, permitiéndoles navegar entre lo material y lo espiritual:

Dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Que mande a los peces del mar y a las aves del cielo, a las bestias, a las fieras salvajes y a los reptiles que se arrastran por el suelo.»

Y creó Dios al hombre a su imagen.

A imagen de Dios lo creó.

Macho y hembra los creó.

⁵ *Ibid.* II, 1,3, p. 632

Dios los bendijo, diciéndoles: «Sean fecundos y multiplíquense. Llenen la tierra y sométanla. Manden a los peces del mar, a las aves del cielo y a cuanto animal viva en la tierra.»⁶

Para San Agustín, es importante que los sujetos reconozcan lo que yace en el mundo material, así como en lo espiritual:

Esta nuestra condición de hombres carnales nos hace más asequible y familiar el estudio de las cosas visibles que el de las inteligibles: aquellas son externas, éstas son interiores; aquellas las percibimos por los sentidos del cuerpo, éstas con la inteligencia; nosotros mismos somos almas, pero no sensibles, es decir, cuerpos, sino inteligibles, pues somos vida. Con todo, tanta es, como dije, nuestra familiaridad con la materia, que nuestra atención se asoma el exterior con pasmosa facilidad, y así, cuando se tiene que arrancar de la incertidumbre de la materia para fijar su atención, con más firme y cierto conocimiento, en el espíritu, se refugia en estas cosas, y busca su descanso ahí donde tuvo su origen su enfermedad.⁷

Por la mayor cercanía al mundo material, la información recaba por los sentidos permiten a los sujetos comprender y dominar la naturaleza del mundo terrenal, de igual forma hace visibles las capacidades del alma que se posee, en especial el intelecto, aunado a ello, otra de las características esenciales de los individuos es que somos almas, por ende es posible ahondar en un terreno espiritual más allá de la materia y los entes sensibles. El sendero hacia la morada del creador comienza desde el reconocimiento de uno mismo, por medio de una autorreflexión que nos incite a seguir la santidad, permitiendo una vida en paz consigo mismo, así como con aquellos con los que se comparte. Aunque ¿Cómo es posible que el ser humano llegue a un punto tan elevado espiritualmente? La respuesta radica en la composición del hombre que Dios ha creado.

Los sujetos gozan de un cuerpo que les permite vivir en el mundo sensible; poseen un alma encargada de adquirir y razonar los conocimientos del plano terreno, al

⁶ Génesis 1: 26-28

⁷ San Agustín, Tratado sobre la Santísima Trinidad, *Op. Cit.*, XI, 2, 2, p. 613

mismo tiempo en que llena el corazón de sentimientos y emociones; por último, un espíritu que le muestra las cosas que yacen más allá de lo sensible a la materia.

Cada cultura da una explicación sobre lo que Dios “Es” y cómo llegar a Él, sin embargo, hay un punto en la historia en que los argumentos teológicos se constituyen con un mayor rigor y formalidad, provocando que los estudiosos tracen una dirección con un sentido meramente racional o abstracto, sentimental o simplemente como un camino ético; las nociones mencionadas anteriormente se estancan en una sola forma de ver lo divino olvidando observar lo más importante, la Fe:

La fe es la manera de obtener lo que esperamos, el medio para conocer lo que no vemos. Y nuestros antepasados son recordados por cuanto tuvieron fe. Por la fe comprendemos que cada etapa de la creación se originó en una palabra de Dios y entendemos que el mundo visible no tiene su origen en lo que se palpa.⁸

Esta cita, extraída directamente de las Sagradas escrituras, da cuenta en un sentido amplio de lo que la Fe es, con lo cual podemos destacar que funge como un aspecto primario que está encarnado dentro del ser humano, ostentando una conciencia de que las cosas no fueron producto de una casualidad, más bien, todo lo que radica en el mundo y el campo celeste es producto de la voluntad de Dios. La Fe proporciona seguridad, esperanza, en algo fuera de los límites humanos, una entidad que guía la existencia de cada uno. Nos abre las puertas a la explicación de lo que Dios “es” desde una perspectiva diferente a la racional, que en un exceso opaca la visión de almas humanas. Cuando se menciona que es diferente a una racionalidad no hace hincapié a que se llega a teorizar sobre Dios y la creación meramente con la Fe, esta compagina con la razón que es un factor muy importante para que el hombre pueda dar cuenta de su mundo, así como de lo que Dios nos transmite mediante la iluminación o su palabra.

⁸ Hebreos 11:1-3

La fe se emana de lo más profundo del ser humano, esta convicción de creer en algo, apoyándose del conocimiento del funcionamiento de las cosas del mundo que rodean a los sujetos, construye el pilar principal que aviva los corazones de los individuos, es el agua con el que se riega el jardín del alma, la chispa que aviva la llama del espíritu, una fuerza primaria de espiritualidad que mueve montañas, siempre y cuando esté ligada a Dios sin ningún titubeo, eso templará el carácter del hombre haciéndole frente al porvenir sin sufrir algún malestar. Este es uno de los conceptos más abstractos en los que se puede trabajar, pues no se refiere sólo a “creer en algo”. Es análogo a la confianza; un sentimiento que desborda el corazón, alejándose de los temores que lo consternan, incluyendo las desconfianzas de sí mismo.

San Agustín reconoce que:

Incluso la fe descansa en un acto de la razón: la razón natural puede llegar, mediante la actividad filosófica, a la afirmación de la existencia de Dios. Ahora bien, el Santo es perfectamente consciente de los límites de la razón y del entendimiento humano en orden al conocimiento de la esencia de Dios. Así que la fe ayuda a ir más allá de los límites de la razón, de modo que la verdadera oposición filosófica no se halla entre la razón y la fe, sino entre la razón y la duda. La fe es conforme con la razón y la razón es conforme con la fe:

- a) antes de darse la fe, la razón presenta lo que se puede creer mediante razones naturales, que permiten, a su vez, adherirse a la fe revelada (*ergo intellige ut credas*);
- b) una vez recibida la fe, la razón supera sus propios límites mediante la iluminación divina (*crede ut intelligas*).⁹

El hombre firme a sus creencias va encaminado hacia los conocimientos divinos y el reino de Dios, por dicho motivo es indispensable mantener un balance entre su razonamiento, que le permite conocer los aspectos del mundo en el que vive, y su

⁹ “Philosophica: Enciclopedia filosófica on line”. n.d, 2010, consultado el 18 de octubre de 2021 en: <https://www.philosophica.info/voces/agustin/Agustin.html>

corazón, que le revela una dimensión anímica, este trabajo mutuo acarrea que la persona pueda desarrollar una vida consciente de lo visible e invisible, dando como resultado que cada virtuoso paso lo transite sobre los caminos que llevan hacia el Señor. El construir una vida consciente requiere que las personas no sólo sean conscientes de los fenómenos materiales o de leyes naturales para entender la creación de Dios, lo más importante radica en la unidad colaborativa, la manera en cómo socialmente se comulga es el área donde se pone a prueba la conciencia ya mencionada que indica el “deber ser”, he aquí el sendero para el reino de los cielos, una vida consciente a través de la Fe y la razón para la unión armónica con nuestros semejantes que se anidan en la perfecta creación del Señor.

1.2 El cuerpo como instrumento del alma

Siguiendo el diálogo entre Agustín y Evodio en *De quantitate animae*:

Creo que la patria o habitación propia del alma antes de venir a este mundo es Dios, que la ha creado. Cuál sea su substancia, empero, no lo puedo decir; pues pienso que no es ninguna de las conocidas y ordinarias naturalezas que percibimos con los sentidos corporales[...] Si me preguntas de qué está compuesto el hombre, te diré que de alma y cuerpo; y si insistes: y el cuerpo, ¿de qué?, te contestaré: de los cuatro elementos.¹⁰

El ser humano se constituye de una naturaleza dual: 1) un cuerpo terreno proveniente de los elementos, mismo que le permite andar en un mundo terrenal; 2) un alma otorgada por Dios que le viabiliza en una dimensión espiritual. Es necesario que sus capacidades estén adaptadas para procesar información de ambos planos. En el campo de lo terreno el hombre va a desarrollar sus cualidades carnales, así mismo aprenderá a interactuar con sus semejantes; dará cuenta de las composiciones de su mundo y de su sociedad;

¹⁰ Agustín, Hipona de, “De la cantidad del alma”, en *Obras de San Agustín III*, (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1947) p. 419

experimentará dolencias físicas que le darán cuenta de diversas emociones con las cuales obtendrá un aprendizaje; será feliz a través de estímulos que lo alienten a sentirse completo. No obstante, en la existencia terrena en la cual convive el hombre con sus semejantes está propenso a cometer actos que lo desvirtúan, actuando de una forma inaceptable pasando por alto los mandatos de Dios, al mismo tiempo en que afecta la vida y el equilibrio con quienes se convive. A esta idea de lo que causa un malestar en el individuo y en la vida colectiva es a lo que se conoce como maldad.

La maldad (carácter importante de la vida del ser humano que se verá con mayor detalle conforme avance el tema) no se encuentra arraigada en el aspecto corporal del hombre, todos los cuerpos de los individuos son naturales, sin malicia, lo que se corrompe es la visión que se tiene de ellos; o bien, las acciones mal intencionadas que tienden a la afectación del otro. Tomado en consideración que la estructura material yace fuera de lo bueno y lo malo, estos juicios se realizan en la parte interna del ser humano, tomando en consideración la información proveniente del exterior.

Gracias a los sentidos, el sujeto se nutre de información por las experiencias del mundo en el que se desenvuelve. Con ello se resalta que lo realmente abstracto se anida en lo más profundo del ser humano: el alma, la cual tiene como propósito un registro del conocimiento del mundo terreno, pero también vincula al ser humano hacia una conexión con Dios.

Profundizando en el estudio del alma, San Agustín ha señalado que el alma es creación de Dios, aspecto fundamental del ser humano, sin embargo, ¿Qué se dice sobre sus características?

Cuánta, ¿en qué sentido? Porque no sé si preguntas por su longitud, su latitud, su fuerza o por todas estas cosas juntas, o si quieres, saber, más bien, su poder[...] Más lo primero no puede decirse del alma, ni en absoluto entenderse. No podemos, en modo alguno, imaginarnos el alma ni larga, ni ancha, ni poderosa; a mi sentir, todo esto es corpóreo, y si hablamos así del alma, es porque estamos acostumbrados a hablar así de los cuerpos. Por esto se ordena, y con razón, aun tratándose de misterios, despreciar todo lo

corpóreo, renunciar a este mundo corpóreo, como ves, a todo el que desea hacerse tal y cual le ha creado Dios, es decir, semejante a Él; no le queda al alma otro remedio de salvación, renovación o conciliación con su autor. Por lo tanto, no puedo responderte cuánta sea el alma en este sentido; pero puedo afirmar que no es larga ni ancha, ni fuerte, ni tiene nada de lo que acostumbramos apreciar cómo extenso en los cuerpos.¹¹

Tomando en consideración la cantidad del alma descrita por San Agustín, se señala que dicha característica escapa de las fronteras de lo corpóreo y lo terreno; no posee una longitud, largo o ancho que se manifieste dentro de una dimensión material. El alma, al no poder describirse, ni entenderse en dimensiones físicas, más bien, su comprensión yace en parámetros diferentes en el que el sentimiento es lo que da fe de lo que es, por tal motivo, el alma tiene una mayor semejanza a Dios.

Las características del alma son distintas a las del cuerpo, pero sin dejar de estar unida a él:

El alma es substancia racional, intelectual, creada por Dios espiritual, no de la naturaleza de Dios, sino más bien su criatura de la nada, capaz de convertirse hacia el bien y hacia el mal. Y por eso en alguna manera es mortal, en cuanto que se cambia a peor, y puede alejarse de la voluntad de Dios, por cuya participación se hace buena; y en alguna manera es inmortal, porque no puede perder el sentido para que después de esta vida esté bien o mal.¹²

El factor intelectual de los sujetos descansa sobre el alma, mismo que se manifiesta en la racionalidad, en la clasificación que hace del mundo sobre lo que le es grato y satisfactorio. Dirige el actuar del ser humano, tanto en su individualidad como en su vida en sociedad, mientras conoce la creación de Dios. El alma, al estar inmersa en el mundo de los humanos, se encuentra afectada por distintos estímulos provenientes de factores externos al cuerpo, en tanto que da cuenta del mundo y a las personas; dichos

¹¹ *Ibid.* p. 422

¹² San Agustín, Capítulo 8 “¿Qué es el alma?”, *El espíritu y el alma*, Agustinus Hipponensis, [en línea] encontrado el 22 de septiembre del 2021, en https://www.augustinus.it/spagnolo/attribuiti_02/index2.htm

estímulos, en diversas ocasiones, alejan a las personas de la virtud, es por ello que el sujeto debe de guardar medida, controlar sus pasiones y dirigirse por el camino de la rectitud, para alcanzar el cometido de la salvación.

Siguiendo a Agustín, el alma también posee otras características, a parte de la racionalidad:

Por la racionalidad es capaz de ser iluminada para conocer algo tanto dentro de sí como sobre sí, en sí y junto a sí. Ciertamente conoce a Dios sobre sí, a sí en sí, y al ángel junto a sí, y todo cuanto se contiene en los espacios celestes por debajo de sí.¹³

A través de la razón el alma se ocupa de concebir a dos niveles de conocimientos distintos: el espiritual (una sabiduría proveniente de Dios, como su palabra o los misterios que para los ojos humanos son inconcebibles; tiene la capacidad de una conexión con Dios por su naturaleza espiritual, por ello se afirma que es un vínculo para la comunión con Dios); el mundo terrenal (concibe todos los objetos que existen en la realidad sensible con la finalidad de aprender de ellos y mantenerse en la existencia de este mundo al momento de clasificar todos los fenómenos, incluyendo los que habitan en las constelaciones. Conocer el mundo donde se habita es fundamental para la supervivencia). Como ya se ha mencionado con anterioridad, el alma tiene la capacidad de concebir dos horizontes, sin embargo, no se debe de dejar de lado la capacidad de conocer lo que yace dentro de sí. El alma tiene el potencial de reconocerse a sí misma en el vasto universo creado por Dios; las experiencias que califican el placer, el odio, la felicidad, la ira, constituyen la identidad del alma, por ende la del sujeto.

El alma no sólo actúa intelectivamente, también dota al ser humano con una capacidad que le permite contemplar a un mundo más allá de los meros objetos inertes, ya que al clasificar los conocimientos de la naturaleza y de lo divino, tiene la capacidad de decidir de cuáles disfruta y de las que aborrece:

¹³ San Agustín, Capítulo 4 “Las energías, cuatro afectos, cuatro virtudes, cinco energías del alma”, *Agustinus Hipponensis* [en línea], consultado el 22 de septiembre del 2021, en https://www.augustinus.it/spagnolo/attribuiti_02/index2.htm

Por la concupiscibilidad y por la irascibilidad es capaz de apetecer y de rechazar algo, de amar y de odiar; y por eso de la racionalidad se origina toda la sensibilidad del alma, y toda afectividad sobre las cosas. Porque se distinguen cuatro clases de afecto: cuando gozamos ya de aquello que amamos, o esperamos gozarlo; cuando estamos dolidos ya por lo que odiamos o tenemos miedo de llegar a dolernos; y por eso de la concupiscibilidad proceden el gozo y la esperanza; y de la irascibilidad el dolor y el miedo. Estos cuatro afectos del alma son los principales y como la materia común de todas las virtudes y de los vicios.¹⁴

En consecuencia de lo que menciona Agustín, el alma, mediante las experiencias evaluadas por los sentidos, deriva aquellas que propician placer y otras que la disgustan, lo que le hace sentir bien o lo que la hace sentir incómoda, por ejemplo: para que a una persona le pueda gustar su canción favorita primero debe de tener conciencia de lo que está sucediendo: escuchar un sonido; el cual viaja a través del oído hacia la parte interna del cuerpo, el alma, y esta pondera si es grata para ella o no, pasa lo mismo con los alimentos o cualquier estímulo que experimentan los sentidos. El gusto o el desagrado emanan de la interioridad de cada persona, experimentándose de distintas maneras, pero reflejándose en el mundo físico de una forma peculiar y muy parecida en todos. El lenguaje corporal expresa sin palabras los susurros del alma.

Retomando al autor, gracias al alma el ser humano puede experimentar: goce, amor, odio o dolor; San Agustín llamará a estos “los cuatro afectos del alma”, sentimientos importantes que permiten vislumbrar en totalidad el resultado de las experiencias. Estos cuatro afectos, en tanto pertenecientes a un alma humana, brotan en la medida en que se comparten las experiencias con los demás sujetos con quienes se comparte el mundo. ello acota una dualidad en la existencia humana, puesto que son capaces de remarcar el amor y el gozo hacia alguien, pero también permite entrever el odio y el rechazo ante distintas vivencias. El amor, el miedo, el dolor, son fundamentales

¹⁴ *Ibid.* capítulo 4

en la vida, puesto que también son reacciones anímicas que mantienen alerta la existencia del ser humano contra alguna amenaza.

Otra de las características del alma, siguiendo a Agustín, es que por sí sola logra comprenderse, no necesita de algo fuera de ella para estar completa o poder contemplarse:

El alma es invisible. Pues de otro modo no sería capaz de comprender las cosas invisibles. Ve las cosas visibles mediante el cuerpo, las invisibles por sí misma y se ve en aquello que ve que ella es invisible [...] regresa y progresa, falla y avanza, conoce e ignora, recuerda y olvida; ahora quiere, ahora no quiere. Se pierde por acá y por allá con pensamientos y razones difusos; considera y aquilata todo, ve lo ausente, con su mirada abarca las realidades de allende los mares, las recorre con perspicacia, escruta lo recóndito, y en un instante hace circular a sus sentidos por los confines de todo el orbe y por los recovecos del mundo. Desciende a los abismos, asciende de allí, mora en el cielo, se adhiere a Cristo, se une a Dios.¹⁵

El alma, en tanto que cualidad inteligible del ser humano, es capaz de concebir dos mundos distintos, pero nunca encontrará verdad más que en ella misma. Gracias a todos los estímulos que recibe constantemente provenientes de lo externo a ella mediante los sentidos, tiene la capacidad de construir una experiencia con el mundo, misma que le conducirá a diferentes travesías en donde aprenderá a distinguir lo grato de lo hiriente, lo tolerable de lo insoportable, del amor y del odio, aunque en algunas veces, estará indecisa por qué camino seguir, si tiene la posibilidad de ir a donde sea, puede que recorra un sin fin de lugares con la ayuda del cuerpo, aprendiendo de cualquier lugar al que arribe, pero en algún momento debe volver dentro de sí para encontrar el curso nuevamente, aquel que tiende hacia Dios, quien supera las pasiones y le da la bienvenida a la santidad.

¹⁵ San Agustín, Capítulo 2 "El alma se entiende así misma", *El espíritu y el alma*, Augustinus Hipponensis [en línea], consultado el 22 de septiembre del 2021, en: https://www.augustinus.it/spagnolo/attribuiti_02/index2.htm

Según San Agustín el alma es la que domina la carne, lo que anima a un cuerpo; no solo se queda en un trabajo dentro del terreno de lo intangible, pues gracias a las capacidades corpóreas (los sentidos) el alma puede comprender los fenómenos del mundo. Esta es iluminada gracias a Dios, la cual la dota de sabiduría para poder elegir. El alma radica en el interior de cada sujeto, cultivando las emociones y sentimientos del individuo, así como su racionalidad para poder aclarar los fenómenos del mundo terreno, creando lazos afectivos (o espirituales) con sus semejantes para una vida armoniosa, aunque también, por su naturaleza, es capaz de percibir lo que la carne no puede apreciar, por ello es la indicada para la conexión con Dios. San Agustín también menciona que el hombre debe de aprender a conocerse en un trabajo de interioridad, es ahí donde dará cuenta de su alma y de Dios, sin embargo, para poder conocer las cosas de la divinidad, el alma debe de tener cierta pureza, por ello debe de desprenderse de los deseos pecaminosos, para que sea digna. Este trabajo de conocerse y purificarse es el trabajo espiritual que propone San Agustín para dar cuenta de Dios en el interior del hombre, usando al alma como punto de encuentro.

1.3 El espíritu como la parte divina del hombre

Con la exposición anímica agustiniana, se comenzará a forjar el camino que da cuenta de la esencia espiritual del ser humano, el alma, de la cual se ha hablado como la que proporciona un principio de movimiento, dadora de vida de la creación de Dios, el nido de las emociones y sentimientos que hacen al hombre gozar de la vida, dando cuenta de un trayecto espiritual que lo guía hacia Dios; sin embargo, otro de los caracteres más importantes que trae consigo el alma es el espíritu:

Dios se dice Espíritu, y este aire y un hálito o sople de aire que es recibido por el corazón y desde allí enviado por todo el cuerpo sostiene la vida de los mortales con el aliento necesario. Sin embargo, este espíritu no puede decirse con razón alma, porque se

disuelve con la variedad del aire. Se dice espíritu el alma tanto del hombre como del animal. Se dice espíritu el alma racional, porque es una luz como el ojo del alma al que pertenece la imagen y el conocimiento de Dios. Ojo del alma es la mente pura de toda mancha del cuerpo, la razón es la mirada de la mente, la visión del entendimiento [...] Ese espíritu se dice hecho a imagen y semejanza de Dios, en el cual está el conocimiento de la verdad y el amor de la virtud. La imagen sin duda está en el conocimiento y la semejanza en el amor. La imagen por ser racional; y la semejanza por ser espiritual. Por cierto, se adhiere a la verdad sin ninguna sustancia interpuesta. La luz de nuestra razón por la cual razonamos, entendemos y sabemos, la llamamos espíritu, y a este espíritu el Apóstol lo llama mente, cuando dice: renovaos con el espíritu de vuestra mente, es decir, con la mente, porque el espíritu de la mente no es otra cosa que la mente: como el cuerpo de la carne, no es otra cosa que la carne.¹⁶

El espíritu, siguiendo a Agustín, se realza como el hálito de vida que Dios le dio a su creación, participando como alma racional; una luz que pertenece a la imagen y conocimiento de Dios, descansando sobre este el conocimiento de la verdad y el amor a la virtud. Ahora ¿cómo hemos de encontrar esos senderos que transitan por las veredas de una realidad inmaterial? La respuesta yace en el interior del hombre:

Como lo supremo del alma, es decir, la inteligencia y la mente, lleva encima la imagen, y, la semejanza de su superior, es decir, de Dios, de quien también pudo ser administradora suya, y que, cuando Él quiso, fue tomada para la unión personal sin mutación alguna de la naturaleza.¹⁷

La inteligencia (imagen) y los sentimientos (semejanza) que radican en el alma, de manera separada cumplen una función importante: por un lado, la inteligencia o razón se

¹⁶ San Agustín, Capítulo 10 “El espíritu”, *El espíritu y el alma*. Agustinus Hipponensis [en línea], consultado el 30 de octubre del 2021 en https://www.augustinus.it/spagnolo/attribuiti_02/index2.htm

¹⁷ San Agustín, Capítulo 14 “La amistad del alma y el cuerpo. Tres conjunciones admirables. Cuál es el bien del cuerpo, cuál es el bien del alma”, *El espíritu y el alma*. Agustinus Hipponensis [en línea], consultado el 30 de octubre del 2021 en https://www.augustinus.it/spagnolo/attribuiti_02/index2.htm

encarga de estructurar el conocimiento adquirido del mundo, así mismo relaciona ideas y conceptos que guían hacia distintas conclusiones o a la creación de nuevos medios para adquirir un nuevo conocimiento; en segundo plano, los sentimientos nacen de los estímulos percibidos del mundo, lo que causa un estado de ánimo en el sujeto, el cual puede generar cariño hacia cierta cosa o persona, rencor, tristeza, dolor, u otra cosa, sea lo que se genere provoca una sensación inexplicable que desborda al sujeto pero que sabe lo que es; este sentimiento toma una mayor fuerza en las relaciones entre los lazos afectivos de las personas. Ahora, cuando se une la razón y el sentimiento, siguiendo un objetivo en común, emana una especie de deseo que impulsa a la persona a ir más allá de sus límites con el fin de conseguir o proteger algo.

En párrafos anteriores se ha hecho presente la importancia de los sentidos que cobijan los estímulos de un mundo externo al sujeto, información que poco tiempo después es procesada por el alma y su razón, arrojando un veredicto positivo o negativo que aceptará tal estímulo como algo bueno o dañino para la persona. Pareciera que hasta aquí todo va de acuerdo con el sistema natural de los planos divinos de la creación para los hijos de Dios, base simple para su existencia, lo más complejo hace su entrada en el momento en que la descendencia de Adán debe de tomar una decisión en las cosas que la vida le presenta, tiene que elegir correctamente porque cada acción conlleva una consecuencia para su vida en sociedad, al mismo tiempo en que puede perder su armonía con todo lo que está a su alrededor. Las decisiones que las personas toman constantemente en su vida diaria son razonadas y en la mayoría de los casos, al reconocer al otro y a los otros, se trata de actuar de una manera que evite los conflictos, esto es el surgimiento de la ética, así como el de una vida que presenta Dios a sus hijos. Tomando en consideración que las acciones de las personas son razonadas, y trayendo a colación que también son dirigidas por las pasiones anímicas por las cuales puede apetecer, sentir placer, o desagradar, eso lo convierte en una criatura que posee la capacidad de mantenerse neutral entre lo bueno y lo malo:

También se me dió a entender que son buenas cosas que se corrompen, las cuales no podrían corromperse si fuesen sumamente buenas, como tampoco lo podrían si no fuesen buenas; porque si fueran sumamente buenas, serían incorruptibles, y si no fuesen buenas no había en ellas qué corromperse. Porque la corrupción daña, y no podría dañar si no disminuyese lo bueno.¹⁸

Los seres humanos, gracias al libre albedrío, tienen la capacidad de elección, mismos resultados los llevan por lo corruptible y lo incorruptible; sus acciones, deseos o pasiones son las que los conducen a desvirtuarse o mantenerse en el camino de lo correcto, así como también sus deseos son participes de ello. Quienes se deja llevar por las falsedades de lo terreno, tales como: las riquezas económicas, lujuria, gula, el ocio, el consumo excesivo de posesiones materiales innecesarias, da como resultado una felicidad incompleta que aparentemente llena el corazón, la adquisición de placeres materiales, en exceso, da como resultado un alma con impurezas, que puede adolecer con facilidad, pues no se ha nutrido de templanza o disciplina que le ayuden a mantener una tranquilidad interna.

Las decisiones que toma el ser humano tienen mucho que ver con la vida corpórea que van creando, pues, como ya se ha mencionado, dichas acciones promueven causas y efectos que dan como resultado experiencias formativas para los individuos. Las personas deben de buscar su propio camino, deben de crecer al superar las adversidades para alimentar la sabiduría personal; la Fe en lo que se hace, así como en uno mismo, y, siguiendo a Agustín, en Dios, fortalece las almas de los sujetos;

La vida corpórea tiene algunos grados de crecimiento por los cuales progresa hasta la imagen de la vida suma. Porque el primer grado de la vida corpórea es la sensibilización. El segundo, la imaginación que entra por medio del sentido. El tercero, la memoria de los conceptos por medio de la imaginación. El cuarto, según las pasiones de los sentidos, cierta providencia sin la discreción de la inteligencia, en la cual, por cierto, hay como una imagen de la razón, sin que sea razón alguna. En todos estos grados la vida corporal

¹⁸ Agustín, Hipona de, "Las confesiones", en *Obras de San Agustín II*, (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1974) p. 287

imita la vida espiritual. En primer lugar, porque siente; en segundo lugar, porque concibe el sentido; en tercer lugar, porque retiene lo concebido; en cuarto lugar, porque, tanto en las imaginaciones, como en los sentidos, según cierto parecido de la razón, se inclina bien a apetecer, bien a huir.¹⁹

Los individuos, al desarrollar sus capacidades físicas de igual modo fortalecen las espirituales. En primera instancia, los sujetos adquieren conocimientos del mundo material mediante diversas experiencias, dicho conocimiento luego es procesado por el intelecto, almacenado en la memoria y después es usado para diversos fines mediante la razón. El conocimiento de los sujetos, volcando sobre las acciones, debe estar dirigido para hacer el bien, ya que propicia el bienestar individual junto con el colectivo. La bondad trae consigo la armonía.

Como se puede apreciar, este asunto que hemos estado tratando sobre el espíritu no deja de lado la participación del cuerpo y del alma, tal parece que San Agustín nos muestra que el desarrollo humano, tanto el material como el espiritual, actúa mediante la combinación de sus partes trabajando armónicamente: el cuerpo, el alma y espíritu. Ahora, la armonía de los aspectos ya mencionados se vuelca sobre la vida del sujeto, como ya se ha mencionado anteriormente, el vivir consta de las capacidades de sentir, experimentar, todo lo que se halla a nuestro alrededor, como las caricias que el aire nos propicia, los besos de la brisa del mar; la melodía de los árboles en movimiento, el cantar de los pájaros; las hermosas maravillas que se pueden apreciar cuando estamos frente al arte de la naturaleza, o poder contemplar la sonrisa de quien amamos; el perfumado aroma de las violetas, el bouquet de un buen vino; el agradable sabor de una majestuosa cena, o de una refrescante bebida.

Luego de eso, la imaginación propicia al hombre estructurar diversas opciones, el unir distintas cosas entre sí para poder darle origen a algo totalmente diferente; distorsionar los sonidos optimizando silencios para crear hermosas melodías; el

¹⁹ San Agustín, Capítulo 14 “La amistad del alma y el cuerpo. Tres conjunciones admirables. Cuál es el bien del cuerpo, cuál es el bien del alma”, *El espíritu y el alma*. Agustinus Hipponensis [en línea], consultado el 30 de octubre del 2021 en https://www.augustinus.it/spagnolo/attribuiti_02/index2.htm

combinar los frutos de la tierra para cocinar maravillosas comidas, entre otros. El límite para la forma de vivir del ser humano radica en su imaginación, de ella depende hasta dónde puede llegar y la forma de cómo hacer las cosas. La imaginación no tendría tanto sentido si se olvidase lo que ya se ha pensado o diseñado, por tal motivo la memoria recopila toda la información de lo que se ha vivido.

Por último, las pasiones de los sentidos, ese gran misterio que rebasa las palabras, y que sólo podemos decir de ellas que nos gustan o nos desagradan, que lo odiamos o que lo amamos, lo que nos llena de gozo o desdicha.

Gracias a la concepción de estos grados que conforman la existencia, se aprecia claramente que esta no es cualquier tipo de vida en donde lo importante es la sobrevivencia, como lo hacen los animales o plantas, más bien se refiere a una vida consciente del más mínimo fenómeno que la conforma, una vida donde incluso el más pequeño detalle puede ser cambiado para proporcionar una mejora y gozarse más en ella, sin embargo sobre esta circunstancia es en donde se corre un gran riesgo, la no dominación de las pasiones. Hay que recordar que, al direccionar al alma al sumo bien, se establece una forma de ser en la creación, alejada de lo que puede causar daño a nuestros semejantes, a nosotros mismos o con lo que estemos compartiendo nuestra existencia, por ende, los deseos, en tanto que estos mismos no se lleven a cabo con mesura, comienzan a corromper un equilibrio anímico, trayendo consigo egoísmo, dolor, desesperanza, muerte, enfermedad, etcétera, lo que ocasiona que perdamos la pureza con una vida sin desarrollo para la comunión con Dios.

El alma discierne constantemente las cosas buenas de las malas, así mismo puede ver más allá de lo terreno, comprendiendo la felicidad verdadera que habita en lo invisible. Tomando en cuenta a San Agustín, el alma racional tendrá consigo la pureza del hombre, el espíritu, donde descansa la verdad y el amor de la virtud, por esta razón es que incluso aquellos quienes en ocasiones desequilibran su vida espiritual pueden retornar hacia la vía virtuosa que ha trazado Dios, para llegar a contemplar lo que se piensa como inefable, siempre y cuando el sujeto tenga el deseo y la voluntad para regresar a la virtud.

En consecuencia, se debe de tratar de llegar a una pureza, aprender de la mejor manera las cosas que hay en nuestro mundo, puesto que somos reflejo de todo lo que es bondadoso y eterno, entonces aparece una nueva característica de lo que significa llevar una vida espiritual, la virtud, misma que tiene su máximo esplendor cuando el hombre no sólo convive con un mundo natural, sino también con su sociedad.

1.4 La relación de la constitución del hombre con Dios

Hasta ahora sólo se ha explicado la organización de las partes del hombre: en el primer nivel se encuentra el cuerpo; en el segundo nivel se encuentra propiamente el alma, la cual es la verdadera esencia del ser humano; y en el tercer puesto se ha colocado al espíritu como el nivel del ser humano más cercano a la divinidad. Luego de hacer este recuento, es claro que estos tres componentes forman a un solo ser, el hombre, quien es creación de Dios y por ende tiende a ir hacia su grandeza, al mismo tiempo que tiene una responsabilidad con sus semejantes, así como consigo mismo, ya que, en el momento en que el hombre es depositado en el mundo, el Señor le ha encomendado una serie de lineamientos que todos sus hijos deben de cumplir; dicho en su palabra:

Pero me muestro favorable hasta mil generaciones con los que me aman y observan mis mandamientos.

-No tomes en vano el nombre de Yahvé, tu Dios, porque Yahvé no dejará sin castigo a aquel que tome su nombre en vano.

-Acuérdate del día sábado, para satisfacerlo. Trabaja seis días en ellos, haz todas tus faenas. Pero el día séptimo es el día de descanso, consagrado a Yahvé, tu Dios. Que nadie trabaje. Ni tú, ni tus hijos, ni tus hijas, ni tus siervos, ni tus siervas, ni los animales, ni los forasteros que viven en tu país. Pues en seis días Yavé hizo el cielo y la tierra, el mar y en cuanto hay en ellos, y el séptimo día descansó; por eso bendijo el sábado y lo hizo sagrado.

-Respeta a tu padre y a tu madre, para que se prolongue tu vida sobre la tierra que Yahvé, tu Dios, te da.

- No mates.
- No cometas adulterio.
- No robes.
- No des falso testimonio contra tu prójimo.
- No codicies la casa de tu prójimo. No codicies su mujer, ni sus servidores, su buey o su burro. No codicies nada de lo que le pertenece.²⁰

Con el versículo anterior se presentan ocho mandamientos, sin embargo, existen dos más importantes:

«Maestro, ¿Cuál es el mandamiento más importante de la ley?»
 Jesús le respondió: «Amarás al señor tu Dios con todo el corazón, con toda tu alma y toda tu mente. Este es el primero y el más importante de los mandamientos. Y después viene otro semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Toda ley y los profetas se fundamentan en estos dos mandamientos».²¹

Contemplando estos dos últimos lineamientos que Dios exige a su pueblo, se reúnen los diez mandamientos, mismos que son una guía para el buen vivir dentro de una sociedad, todos los individuos deben de existir armónicamente con la creación de Dios, es decir, deben de llevar una vida encaminada a la virtud, la cual trata de evitar daños sobre las personas, en su físico o en su persona. Para San Agustín esta misma se funda en el amor hacia Dios, misma que otorga la felicidad verdadera que tanto añora el hombre alcanzar:

Si te agradan los cuerpos, alaba a Dios por ellos y devuelve tu amor a su artífice, no sea que en las cosas que te agradan, le desagrades tú.

Si te agradan las almas, en Dios sean amadas, que también ellas están sujetas a cambios y, fijadas en él es como se hacen estables; de otro modo pasarían y perecerán. Sean pues, en él amadas. Arrebata contigo hacia él cuantas puedas y diles:

²⁰ Éxodo 20: 6-17

²¹ Mateo 22:36-40

“A éste amemos. Él es quien hizo estas cosas y no está lejos. No las hizo y se retiró, sino que salidas de él, en él están. Ved ¿Dónde está? ¿Dónde tiene sabor la verdad? Está en lo íntimo del corazón, pero el corazón se ha descarriado de él.

Volved, prevaricadores, a vuestro corazón y adherirlos al que os ha creado. (...) Buscáis la vida feliz en la región de la muerte. No está allí. ¿Cómo va a haber vida feliz, donde ni siquiera hay vida?

Y descendió acá abajo la misma vida nuestra y tomó nuestra muerte y la mató con la abundancia de su vida. Y tronó, gritando que volvamos de acá a él, a aquel lugar secreto de donde él vino a nosotros.²²

Dentro de la vida del ser humano es inevitable que exista una relación con otros seres, ya sea de la misma especie o con diferentes organismos, tales como las plantas o los animales, sin embargo, gracias a la concupiscibilidad que anteriormente se había mencionado como propia del alma, existe un gusto hacia lo que rodea al hombre, pero no sólo queda en ello, pues ese gusto luego se transforma en amor, el cual se manifiesta como un lazo espiritual o afectivo que se une con eso “otro”. La situación se complica cuando aparecen más relaciones afectivas, como es natural para la existencia de las personas (referidas a las relaciones afectivas con lo que habita en la creación, animales, plantas u objetos, pero por ahora sólo se hablará enfocado a la criatura más compleja de Dios), y para el mandato del Santísimo cuando dijo a sus hijos “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”, pues entonces da lugar a una conexión social, sin dejar de lado la que se tiene con el mundo que lo envuelve, mismo que debe de ser preservado y respetado porque es creación divina, entonces, al momento de amar aquello que está a nuestro lado también se ama a Dios, en cuanto se agradece a Él por ser el artista de tan gigantesca obra, por hacer que existan dentro de nuestro contexto y dotarlos de las capacidades necesarias para interactuar con nosotros, de amar y ser amados.

Ahora, para poder tener un amor claro, limpio o puro sobre los demás seres que comparten la creación con el individuo, es necesario que este ejerza un trabajo espiritual volcado sobre sí mismo, es decir, cada sujeto va en busca de encontrarse a sí mismo en

²² San Agustín, *Confesiones*, (México: Porrúa, 2007), pág. 68-69

algún momento de su vida, pero no lo encontrará en los más exquisitos manjares, en los cálidos brazos de alguna hermosa doncella, en baúles llenos de oro y gemas preciosas, o en algún otro objeto perteneciente al mundo terrenal; lo que verdaderamente debe de hacer aquel que desea encontrarse, necesita recorrer los anchurosos y más dolientes caminos de su interioridad, debe de aventurarse en lo más profundo de sus pensamientos, apaciguando los vientos salvajes de su corazón, sólo así y sólo entonces, se llegará a tener una conexión con Dios, se purificará el cuerpo y el alma, ocasionando que el espíritu florezca hasta su máximo esplendor, ya que el Señor no habita en un cuadro con su nombre o representación de Él, tampoco reposa dentro de cuatro muros a los cuales los humanos le hemos llamado templo; Dios se encuentra cuando se toca fondo, en el momento en que es aceptada nuestra perdición y soledad, donde ningún rastro de luz logra adentrarse en las tinieblas, en el instante en el que la persona se hace pedazos a sí misma.

El camino del ensimismamiento se manifiesta como una tarea que debe de cumplirse en soledad, cerrando las puertas y ventanas de nuestro ser, por un tiempo determinado, tal vez una semana, dos semanas, un año, tres años, etcétera. Un ejemplo de esto es expuesto en el relato de la vida de Jesús:

Y del cielo llegaron estas palabras: «Tú eres mi Hijo, el Amado; tú eres mi Elegido.»

En seguida el Espíritu lo empujó al desierto. Allí permaneció cuarenta días y fue tentado por Satanás. Vivía entre los animales salvajes pero los ángeles le servían.²³

Jesús se va al Desierto cuarenta días y cuarenta noches, pero hay poca información sobre lo que sucede en ese lugar, aun así algo es cierto, que así como Jesús se adentra en el desierto, cada hombre necesita caminar por el acalorado sol de la vida, siempre superando las pruebas que Dios pone en el camino, gracias a ello las personas se hacen más fuertes en cuerpo y alma.

²³ Marcos 1: 11-13

Con lo ya mencionado, sin dejar de lado las ideas agustinianas, se destaca un valor fundamental de la ética, el distinguir lo bueno de lo malo, de eso que le agrada a Dios o lo que no es de su aprobación. De lo bueno ya se ha escrito, lo virtuoso tiende hacia el creador, pero ¿Por qué Dios permite que haya maldad? Esta pregunta puede conflictuar a más de uno, sin embargo, considerando las ideas de la religión, Dios no es malo, como menciona San Agustín en el diálogo que sostiene con Evodio en *El libre albedrío*, esclareciendo aquello a lo que se conoce como mal:

Ag.- (...) dos son los significados que solemos dar a la palabra mal: uno, cuando decimos que «alguien ha obrado mal»; otro, cuando afirmamos que «alguien ha sufrido algún mal».

Ag.- Siendo Dios bueno, como tú sabes o crees, y ciertamente no es lícito creer lo contrario, es claro que no puede obrar mal. Además, si confesamos que Dios es justo —y negarlo sería una blasfemia—, así como premia a los buenos, así también castiga a los malos; y es indudable que las penas con que los aflige son para ellos un mal.²⁴

Siguiendo a San Agustín, hay dos factores importantes que el hombre concibe como malo: el obrar de una manera indebida y el tener una experiencia desagradable (el sufrir algún mal). En cuanto a lo segundo, el hecho de que una persona sufra algún “mal” no quiere decir que Dios tuvo toda la intención de provocarle una desdicha, porque entonces dejaría de ser bueno, cosa que no puede ser, lo único que hace Dios es actuar con justicia, premiando a quienes han seguido el sendero del bien, y quienes cometen actos indebidos deben afrontar las consecuencias de sus errores para retomar nuevamente el camino del bien, ese es el punto que a veces el ser humano no alcanza a distinguir, señalando a Dios como malo cuando en realidad no se acepta la culpa de los actos cometidos.

No hay que dejar de lado que el ser humano sigue reglas establecidas por una comunidad, las cuales definen qué acciones están bien o están mal, siendo estas

²⁴ San Agustín, libro 1 “¿Es Dios el autor del mal?”, *El libre albedrío*, Augustinus Hipponensis [en línea], consultado el 21 de enero del 2022 en: https://www.augustinus.it/spagnolo/libero_arbitrio/index2.htm

aprendidas con el paso de los años y transmitidas a las nuevas generaciones, entonces ¿El mal puede aprenderse?

Ev.- ¿De dónde procede, pues, que el hombre obre el mal, si no lo ha aprendido?

Ag.- Quizá de que se aparta del aprendizaje y se hace completamente extraño a él. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el aprendizaje es un bien, y que se deriva de aprender, y que el mal no se puede en modo alguno aprender; porque, si se aprendiera, estaría contenido en el aprendizaje, y entonces no sería éste un bien, como tú mismo acabas de decirme. No se aprende, pues, el mal, y es, por tanto, inútil que preguntes quién es aquel de quien aprendemos a hacer el mal; y si aprendemos el mal, lo aprendemos para evitarlo, no para hacerlo. De donde se infiere que obrar mal no es otra cosa que alejarse del aprendizaje.

(...) *Ag.-* Si, pues, toda inteligencia es buena, y nadie aprende sin entender, síguese que todo aquel que aprende obra bien. Porque todo el que aprende, entiende, y todo el que entiende, obra bien. Por consiguiente, desear saber quién es el origen de nuestro conocimiento, es lo mismo que desear saber quién es el origen de nuestro bien obrar. Desiste, pues, de preguntar por no sé qué mal maestro, porque, si es malo, no es maestro, y si es maestro, no es malo.²⁵

Siguiendo a San Agustín, sin importar el lugar donde se habite, siempre estará encaminada a la formación de sujetos íntegros, con valores y conciencia que permita discernir las acciones buenas de las malas, siguiendo a las que conformen una sociedad armónica con sus semejantes, así como con toda la creación. Concorde con Agustín, el obrar mal se refiere a las acciones negativas que dañan al “otro”, rompiendo las reglas establecidas por la comunidad, sin embargo, hay momentos en las que estas se rompen por consentimiento de los individuos, a pesar de estar conscientes de que eso está mal, por ejemplo: se considera a la infidelidad como un mal obrar, mandato establecido por la misma ciudadanía e inscrito en los mandamientos de Dios, ya que el desear a una persona comprometida con otra provoca un gran malestar espiritual, no obstante,

²⁵ *Ibid*

cuando alguien desea tanto estar con una persona comprometida a pesar de saber que ello es inaceptable, da como resultado malestares anímicos como decepción, ira o rencor que desata un número de consecuencias negativas, o acciones indebidas, hasta que se alcanza lo deseado. El mandamiento, o la ley es transgredida desde dos ángulos: 1) el sujeto se deja llevar por sus impulsos obligando a la otra persona a que lo ame; 2) el sujeto que desea a la persona, y aquella que está comprometida, están de acuerdo en tener una experiencia íntima pasando por alto el compromiso con el otro. Lo anterior es un ejemplo de cómo es que el mal se presenta en la vida de los individuos, pero ¿Cuál es el origen de dicho mal?

Ag: —Tal vez la malicia del adulterio proceda de la pasión, y así, como ves, te has encontrado con dificultades insuperables al querer dar una razón extrínseca de la malicia de este hecho, que por lo demás te parece evidentemente malo. Y para que entiendas mejor que la malicia del adulterio procede de la libídine, te diré que, si alguien deseara eficazmente abusar de la mujer de su prójimo y de algún modo llegara a saberse su intento, y que lo hubiera llevado a cabo de haber podido, éste no sería ciertamente menos culpable que si realmente hubiera sido sorprendido en flagrante delito, aunque de hecho no hubiera podido realizar sus deseos.

Ev: —Nada más claro, y ya veo que no es necesario un largo discurso para convencerme de lo mismo respecto del homicidio y del sacrilegio, y así de todos los demás pecados, pues es evidente que la libídine es el origen único de toda suerte de pecados.²⁶

Con el fragmento del diálogo anterior, San Agustín remarca que el origen de todo mal es la libídine²⁷, es decir, la posesión incontrolable de las pasiones humanas que culminan en actos fuera de la ley, ya sea de Dios o las que están impuestas por el hombre. Las pasiones también son llamadas concupiscencia, y es necesario que todo sujeto deba de

²⁶ San Agustín, libro 1 “La concupiscencia, el origen del mal”, *El libre albedrío*, Agustinus Hipponensis [en línea], consultado el 21 de enero del 2022 en: https://www.augustinus.it/spagnolo/libero_arbitrio/index2.htm

²⁷ Esta palabra, usada por San Agustín en el *Libre albedrío*, hace referencia a las pasiones del ser humano, mismas que afectan de manera intensa al individuo; provocando que rompa toda norma (terrenal o divina), desembocando en un pecado cometido para la satisfacción individual que puede afectar a sus semejantes o al equilibrio mismo impuesto por una sociedad o por Dios.

tener un control sobre estas, pues así se evitarán actos pecaminosos que ensucian el alma de los hombres, sumergiéndolos en la bestialidad que no les permite contemplar la verdad, ni lo que está en el terreno de la santidad.

Agustín remarca el valor de la voluntad del ser humano como el primer escalón que se necesita para llegar a la santidad o a la pureza del alma, pues el hombre tiene la libertad de escoger sus decisiones, pero en cuanto éstas yacen más alejadas del pecado el ser humano va superándose a sí mismo, el alma se limpia hasta que el sujeto es digno de poder admirar lo que está más allá de lo terreno, siempre y cuando también Dios así lo decida, pues no hay que pasar por alto su propia voluntad, Él es el único que sabe con certeza cuando se está listo para tener una trascendencia.

Ahora retomando el punto de la educación conforme a los ideales de San Agustín, en el diálogo que sostiene Agustín y Adeodato en *Del maestro*, demuestra que el lenguaje no hace otra cosa más que enseñar, al tiempo en que uno aprende:

Agustín: —¿Qué te parece que pretendemos cuando hablamos?

Adeodato: —Por lo que ahora se me alcanza, o enseñar o aprender.

Ag: — Así lo veo yo: una de estas dos cosas, y estoy de acuerdo; pues es evidente que pretendemos enseñar cuando hablamos; mas ¿cómo aprender?

Ad: —¿Cómo piensas tú?; ¿no será preguntando?

Ag: —Entiendo que aun entonces no queremos otra cosa que enseñar. Porque, dime: ¿interrogas por otra causa que por enseñar qué es lo que quieres a aquel a quien te diriges?

Ad: —Es verdad.

Ag: —Ya ves que con la locución no pretendemos otra cosa que enseñar.²⁸

La comunicación entre las personas siempre conlleva un mensaje que explica alguna situación con relación a los fenómenos que le han acontecido, describe los entes del mundo; la memoria se manifiesta y deja ver lo que habita dentro de sí cuando se

²⁸ San Agustín, Capítulo 1 “Finalidad del lenguaje”, *Del maestro*, Agustinus Hipponensis [en línea], consultado el 21 de enero del 2022 en: <https://www.augustinus.it/spagnolo/maestro/index2.htm>

mantiene una conversación; de esta forma se le instruye al sujeto. Ahora, el lenguaje²⁹ es una expresión simbólica, cada palabra tiene su significado que define lo que hay en toda la realidad, desde los aspectos materiales, es decir los entes, hasta aquellos fenómenos invisibles que sólo se hacen presentes por la percepción espiritual y racional del ser humano, cada una de las cosas que conforman la existencia o realidad del hombre recibe un nombre con lo cual los podemos clasificar e identificar.

A pesar de que el lenguaje tiene esa labor en el momento en que es invocado por el hombre, hay un punto en el que el lenguaje no puede acceder:

Ag: —¿Te parece, pues, que el lenguaje no tiene otro fin que el de enseñar o recordar?

Ad: —Lo creería, de no moverme a lo contrario el pensar que, al orar, hablamos, y que, no obstante, no se puede creer que enseñemos o recordemos algo a Dios.

Ag: —A mi parecer, ignoras que se nos ha mandado orar con los recintos cerrados, con cuyo nombre se significa lo interior del corazón, porque Dios no busca que se le recuerde o enseñe con nuestra locución que nos conceda lo que nosotros deseamos. En efecto, el que habla muestra exteriormente el signo de su voluntad por la articulación del sonido; y a Dios se le ha de buscar y suplicar en lo íntimo del alma racional, que es lo que se llama «hombre interior», pues ha querido que éste fuese su templo. ¿No has leído en el Apóstol: «Ignoráis que sois templo de Dios, y que el espíritu de Dios habita en vosotros», y «que Cristo habita en el hombre interior»?

¿Y no has advertido en el Profeta: «Hablad en vuestro interior, y en vuestros lechos compungidos. Ofreced sacrificios de justicia, y confiad en el Señor»? ¿Dónde crees que se ofrece el sacrificio de justicia, sino en el templo de la mente y en lo interior del corazón? Y en el lugar del sacrificio, allí se ha de orar. Por lo cual no se necesita lenguaje, esto es, palabras sonantes, cuando oramos; a no ser tal vez, como hacen los sacerdotes, para manifestar sus pensamientos, no para que las oiga Dios, sino los

²⁹ El lenguaje es, “en general, el uso de los signos intersubjetivos. Por intersubjetivos se entienden los signos que hacen posible la comunicación. Por uso se entiende: 1) la posibilidad de elección (institución, mutación, corrección) de los signos; 2) la posibilidad de combinación de tales signos en modos limitados y repetibles. Abbagnano Nicola. *Diccionario de filosofía*, (México: FCE, 1961), pág. 722

hombres, y que asintiendo, en cierto modo se elevan hacia Dios por el recuerdo. ¿Piensas tú de otra manera?³⁰

Siguiendo a San Agustín, el lenguaje cambia su función en el momento en que el sujeto entabla una plática con Dios, cuando se empieza a orar, pues no hay nada que enseñar a Él, más bien nosotros debemos de tener oídos atentos cuando manifiesta su palabra en el silencio. Lo primero que se debe de hacer para conseguir la oración es recorrer el camino hacia lo más profundo del corazón (meditación reflexiva), cerrando las puertas y ventanas de la parte corpórea del sujeto, es decir: cerrar los ojos para abrir los del espíritu, aquellos que nos permiten contemplar “todo” en donde no hay nada; quedarnos sordos por un momento en el mundo físico para escuchar las palabras que nos susurra en el pasar del aire; ser conscientes de que para llegar al templo de Dios es necesario recorrer un escarpado camino donde se reconoce el pecado, la suciedad del alma, los miedos más profundos de la persona; se hace frente a la soledad y se termina con el alma desgarrada, al tiempo en que el individuo da cuenta de que ha tocado fondo, no hay nada más, ni siquiera él mismo.

Es en ese momento en que se llega a las puertas del templo de Dios, la parte más recóndita de cada uno. Él está ahí, en el interior de cada persona como lo reconoce Agustín en sus confesiones, esperando para sanar las heridas del alma, para reconstruir el camino que se debe de seguir, otorga una esperanza que alivia las preocupaciones, pero la parte más importante es que su oveja descarriada diga que sí, abriendo su corazón, permitiendo que sus emociones, sentimientos y el significado de las palabras hablen por sí mismas (es muy diferente decir lo que significa una palabra a expresar lo que la palabra es), en aquel lugar se habla sin que una palabra salga de la boca, más bien, pareciera la unión de un alma renovada con la omnipotencia que rige a toda la creación. Es en este punto donde el sujeto alcanza su máximo potencial divino,

³⁰ San Agustín, Capítulo 1 “Finalidad del lenguaje”, *Del maestro*, Agustinus Hipponensis [en línea], consultado el 21 de enero del 2022 en: <https://www.augustinus.it/spagnolo/maestro/index2.htm>

comprende lo que se halla más allá de sus ojos y encuentra una respuesta a su incompletud, en aquella plática donde no se pronuncian las palabras.

Este aspecto, relacionado con el lenguaje, es fundamental para que el hombre pueda construir una relación con los demás, encuentra un placer que alegra al alma, mismos aspectos que forjan al hombre durante toda su vida ya que siempre habrá algo que enseñar, algo que aprender, pero necesariamente deben estar encaminados a la virtud, ese es el verdadero propósito del lenguaje.

Con las ideas desarrolladas de San Agustín, hasta este punto, destaca que el hombre contiene un alma que posee pasiones, racionalidad, un intelecto que le permite conocer lo que se encuentra en el mundo, comprendiendo el funcionamiento de la mayoría de los fenómenos de la naturaleza, a la par que, mediante una correcta forma de ser en el mundo, puede mantener una armonía con la creación, tomando como principios los mandamientos que Dios le pone a sus hijos. El ser humano no sólo posee cualidades que le ayudan para comprender su mundo físico y el de la virtud, también tiene la capacidad de relacionarse con los demás; puede que cada uno cometa errores y equivocaciones, hay momentos donde la culpa invade el corazón, en donde el alma sufre por los remordimientos o pérdidas, sin embargo, de eso se trata el existir. Ahora, es propio del hombre buscar la cura a todos sus maleficios, ya sean físicos o espirituales: los físicos se alcanzan mediante la práctica de la medicina; los espirituales le competen al mismo hombre y a Dios. El hombre, en tanto reconoce sus males, se aleja de los pecados dominando sus pasiones. A Dios le compete otorgar un perdón, es nuestra guía sobre las cosas invisibles y sentimentales, nos unge con sabiduría en el momento en que lo buscamos, no en el mundo material, más bien, en la interioridad cuando se reconoce que somos.

Dios se refleja en aquellos que adoran la verdad, o en quienes están en busca de Él; se manifiesta en el momento en que se enseña, cuando se es consciente de lo bueno, así como de lo malo, en ese instante en que se trata de alcanzar una armonía con nuestros hermanos así como con todo el universo, dar cuenta de ello conlleva una

responsabilidad consigo mismo y con lo que nos rodea, ya sean los otros individuos o los aspectos naturales.

Es importante resaltar el autodescubrimiento, un arduo camino que nos guía para averiguar quiénes somos en realidad, al mismo tiempo que se van educando las pasiones para purificar el alma. La educación, para este estudio, es el punto principal, ya que actúa como la acción formadora de los seres humanos; les brinda la visión a un mismo horizonte para la comprensión de la vida y el mundo, cosa que dentro de nuestro contexto se encuentra mal encaminada por la obtención de recursos materiales o excesos que desbordan a las personas haciéndolas entrar en un estado autodestructivo; establece un estatus para actuar de manera pacífica con los otros, es decir, se le enseñan valores y principios a los niños para que lleguen a ser adultos responsables que velen por la integridad de sí mismos y de los otros, aspecto que con el tiempo va desapareciendo, pues el individualismo no permite ver más allá de sí.

La educación, no sólo se debe concentrar en instruir el intelecto, también tiene la obligación de nutrir el alma para completar una formación íntegra y saludable para cada persona. Siguiendo a San Agustín y su fe en el cristianismo, la verdad yace en Dios, en su palabra, deja indicios sobre su creación para regresar al Él, como las ideas que se han expuesto anteriormente sobre el ser humano, sin embargo, construyendo un paréntesis temporal, extrayendo la ética agustina, misma que está matizada por la tradición cristiana, es uniforme para todas las personas, puesto que, aun fuera del contexto religiosa, apoya al desarrollo virtuoso de los individuos, por ende, la educación no sólo debe de velar por lo intelectual, también debe hacer énfasis en el desarrollo del alma, de las acciones y sentimientos que propicien el cultivo de la felicidad en las personas.

CAPÍTULO 2. LA IMPORTANCIA DEL AUTOCONOCIMIENTO PARA LA VIDA COLECTIVA

El sendero que desemboca en el conocimiento de las grandezas de la divinidad comienza cuando cada sujeto decide dar el primer paso para recorrer lo más profundo de sí, abrazando los errores cometidos para nutrirse de ellos, evitando cometer de nuevo los tropiezos pasados; aprender a sobrellevar el pasado siembra las bases de un futuro sujeto a la progresión individual. El dar cuenta de los aciertos no está por demás, ya que, el considerar las debilidades y fortalezas permite al sujeto dar cuenta de quién es, y cómo es que las distintas experiencias contribuyeron a la formación de lo que ahora el sujeto es en el presente.

Siguiendo la filosofía agustiniana, los individuos, al emprender el viaje por el escarpado camino hacia el Yo, obtendrán conciencia del territorio espiritual que forma parte los seres humanos; dicha espiritualidad se fortalece en tanto que el alma se mantenga alejada del pecado o de las pasiones que corrompen el equilibrio anímico. En el momento en que el alma aprecie la belleza y lo virtuoso de las cosas que la rodean, así como de las que experimenta, debe de tender hacia la belleza y virtud que yace por encima de ella: el sumo bien, Dios. Los individuos desentrañan el caos del universo interno para conseguir su orden, lo que dará paz al alma, descubriendo la morada de su creador. En el momento en que dicho orden reine sobre el mundo anímico, la persona no sólo se encontrará consigo mismo, también con un propósito.

El fortalecimiento de la espiritualidad individual afecta positivamente con quienes se comparte la existencia, formando vínculos afectivos que propician la armonía colectiva, siendo la amistad el claro ejemplo.

2.1 La importancia del autoconocimiento

Con anterioridad se hace mención que el alma ostenta la capacidad de comprender lo que yace fuera de sí, ondeando entre dos vertientes que se entrelazan en el sujeto mismo; es decir, un mundo material y otro espiritual. Sin embargo, el alma no funciona como una herramienta que absorbe conocimiento sin juicio alguno, es una entidad que valora, prioriza, rechaza, goza y sufre los factores externos que la envuelven. Dentro de sí se configura una serie de valores subjetivos que moran en la dimensión interna del alma, en la que puede conducirse libremente adquiriendo una sabiduría diferente de lo que guarda la dimensión sensible y la intangible.

El alma, mediante los sentidos, es capaz de percibir la información del mundo externo, pero ¿Por qué es importante que el alma se conozca a sí misma? La vida individual y colectiva de los seres humanos no está simplemente guiada por el razonamiento; las emociones, sentimientos y deseos fungen una labor importante que permiten apreciar cada instante de la vida y, a su vez, trazan la dirección de la existencia de las personas aspirando el alcance de diferentes objetivos, mismos que están predeterminados por los gustos individuales. Al momento de fijar un propósito, es necesario navegar por el flujo constante del presente, del pasado y del futuro subjetivo, lo cual se consigue mediante una autoevaluación que manifieste aquello que agrada al alma (información recabada mediante las distintas experiencias individuales con el mundo sensible).

En las *Confesiones*, San Agustín ejecuta de manera detallada la práctica de la interioridad y el autoconocimiento, remarcando de igual manera una vía por la cual se pueden direccionar las almas para conseguir sus cometidos:

Y, amonestado de aquí a volver a mí mismo, entré en mi interior guiado por ti; y púedelo hacer porque tú te hiciste mi ayuda. Entré y vi con el ojo de mi alma, como quiera que él fuese, sobre el mismo ojo de mi alma, sobre mi mente, una luz inconmutable, no está

vulgar y visible a toda carne ni otra cuasi del mismo género, aunque más grande, como si está brillase más y lo llenase todo con su grandeza [...] Ni estaba sobre mi mente como está el aceite sobre el agua o el cielo sobre la tierra, sino estaba sobre mí, por haberme hecho, y yo debajo, por ser hechura suya. Quien conoce la verdad, conoce esta luz, y quien la conoce, conoce la eternidad.³¹

El encuentro consigo mismo se manifiesta como una búsqueda de la cual Dios debe de ser partícipe. Retomando el contexto del desarrollo del pensamiento agustino, Dios se enmarca como un factor fundamental en el escudriñamiento de la verdad al ser lo más sabio y verdadero; Él encausa a los sujetos por el sendero de la luz que ilumina las mejores opciones en la búsqueda pertinente. La manifestación de la Luz puede referirse a:

Tal es una de las descripciones que hace el Santo del descubrimiento de la luz interior. En ella aparecen tres clases de luz: *la luz sensible* y ordinaria, en que vemos los cuerpos, *la luz espiritual*, o el ojo mismo del alma, que es la mente, que es también luz creada, y la *luz superior* e inmutable que no puede confundirse con las anteriores.³²

La luz, por sus propiedades físicas, hace referencia a la iluminación del mundo, permitiendo la visibilidad de las cosas y los sujetos que yacen en la creación. Esta idea de la luz interior, volcada sobre el terreno de la espiritualidad, es la que nos permite discernir eso que reside en los jardines oníricos del alma. Ensancha los horizontes de la mente, no sólo en un carácter intelectual, de igual modo se desviste al ser que se exalta, constituido por los errores y aciertos cometidos en durante las experiencias, y, de la misma manera, ilumina nuevos senderos que le dan la oportunidad al sujeto de redimirse, al esclarecer distintas opciones que conducen a una evolución de sí mismo, bajo la tutela de la virtud, puesto que, quien conoce la luz, conoce la virtud, la cual

³¹ Agustín, Hipona de , “Confesiones”, VII, 10, 161, *Obras Completas II*, (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1974), p. 286

³² Capanaga Victorino, “En busca del espíritu”, *Agustín de Hipona*, (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1974), p. 23

rebasa los límites de la materialidad y nos transporta a una verdad que, en muchas ocasiones, escapa de los límites de la razón y sólo se sabe de ella porque brota de lo más interno del sujeto.

2.2. El autoconocimiento para la virtuosa directriz del ser

Con lo anterior, se entiende que el autoconocimiento debe de estar direccionado hacia la luz de la virtud. Sírvase como referencia la alimentación natural que todos los seres humanos necesitan para su subsistencia, esta se manifiesta como una necesidad que, al satisfacerla, se le otorgan al cuerpo físico nutrientes y energía que propician su desarrollo, manteniéndolo saludable, vivaz, susceptible ante lo que acontece a su alrededor, pero, por el contrario, “los cuerpos faltos de alimentos se ponen muchas veces enfermos y ulcerosos, consecuencias del hambre, así las almas de aquéllos están llenas de enfermedades, deladoras de sus ayunos”³³. Ahora, para la correcta nutrición y desarrollo del alma, no apetece un alimento material, el hambre anímico anhela un alimento espiritual, que, por sus cualidades, debe manar de Dios:

Una vía de acceso a Cristo es la gran metáfora del pan, de múltiples aspectos [...] correlativo al pan es el hambre, que fatiga a todos los espíritus por muy llenos de víveres que tengan sus almacenes. San Agustín define su primera época de búsqueda de Dios como un tiempo de hambre [...] En su profundo sentido, esta hambre se refiere a las primeras necesidades espirituales, cuales son la verdad, la vida, el bien, la santidad.³⁴

Siguiendo a Capanaga, San Agustín, en su propia búsqueda, se percata que la sabiduría se forja y fortalece en Dios, puesto que de Él proviene todo aquello que es verdadero y virtuoso, como una luz que ya antes se ha mencionado. El regocijo de esta luz es a

³³ Hipona de, San Agustín, “De la vida feliz”, II, 8, Obras de San Agustín I, (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1962), p. 551

³⁴ Capanaga Victorino, “En busca del espíritu”, *Op. Cit.*, p. 147

donde tiende el alma, de la cual apetece, se nutre y le concede la capacidad de atisbar la senda por la que debe direccionar su pasos porque atesora la verdad y virtud de su creador, mismas con las que adquiere su completud.

Agustín comenzó una nueva experiencia, que podría clasificarse como el *descubrimiento del pan interior*; entonces comenzó a pensar que el verdadero ser no está en el interior, sino reside en lo íntimo, porque allí está la verdad que coincide con Dios. Entonces descubrió el mundo interior; pero no como un hueco, sino como morada de la verdad, más íntima a nosotros que nuestra misma intimidad.³⁵

El Santo proveniente de Hipona deja entrever, mediante las *Confesiones*, que el verdadero ser (junto con la verdad), reposan en el páramo de lo más puro e íntimo de los sujetos. Un lugar que se alcanza navegando sobre la imperfección humana de cada cual, en un reconocimiento de sí para sí; recubierto con el manto de la voluntad que riega el suelo fértil de la trascendencia, floreciendo con el encuentro de sí mismo y de la espiritualidad que lo acoge, como él mismo reconoce: “Más para mí el bien está en adherirme a Dios, porque si no permanezco en él, tampoco podré permanecer en mí. Más él permaneciendo en sí mismo renueva todas las cosas; y tú eres mi señor, porque no necesitas de mis bienes”³⁶.

Hasta ahora, sólo se ha hablado del camino virtuoso que emprenden las almas al buscarse a sí mismas, sin embargo, no todas son bendecidas con la claridad suficiente para discernir el camino correcto, algunas se acogen dentro de las penumbras del autoconocimiento:

No basta descender a las profundidades del propio ser, y descubrir la selva de sus instintos y deseos, y sacar a flor de tierra las raíces de las pasiones más sotorreñas. La experiencia enseña como la visión desnuda del hombre puede originar un incurable pesimismo que envenena toda la existencia. El hombre se siente como un Prometeo

³⁵ *Ibid.*

³⁶ Agustín, Hipona de, *Confesiones*, VII, 12, 18, (México, Porrúa, 1974), p. 286

encadenado a las pasiones de la carne y de la sangre, y quiere volar, y no puede; va en pos de un algo ideal de justicia, y no lo alcanza.

Por eso el cristianismo añade al conocimiento propio el conocimiento de Dios, que ha descendido de lo alto para levantarnos, no para yacer en la tierra juntamente con nosotros.³⁷

Las experiencias suscitadas en el mundo terrenal fungen un papel importante para direccionar el alma, sin embargo, esa dirección se refleja en el comportamiento de los individuos. Las personas actúan acorde a sus objetivos y a la perturbación de su alma, en tanto que esta tenga la voluntad de concretar sus objetivos. Al tiempo en que se lleva a cabo un viaje introspectivo, la luz que ilumina el sendero del ser no es lo único que se descubre; las pasiones, los deseos, los instintos emergen y seducen al alma. Aquellos que se conduzcan con un alma saludable, que tengan el febril deseo de alcanzar la verdad, concluirán en el conocimiento del sumo bien que yace en su interior, de dicha manera es como concibe al ser. No obstante, quienes caen en la ilusoria trampa de los instintos, deseos o pasiones se conducirán bajo la superficialidad del conocimiento, que descansa en el mundo de la carne, sembrando la tierra fértil para el no-ser. “Toda la espiritualidad sigue esta dialéctica del ser y no-ser; por el pecado tiende al no-ser, y por la conversión, al enriquecimiento del ser.”³⁸

La búsqueda de sí dota de autoconciencia a los sujetos, les concede un horizonte al cual dirigirse, mismo que propicia la conversión. En este punto, no sólo hay que considerar a la conversión como el acto de creer y aceptar a Dios en el corazón, como está concebido dentro de la religión. La conversión es manifestada dentro de la propia vida del individuo, puesto que, como ya se ha abordado en líneas anteriores, la sabiduría obtenida por el autoconocimiento se refleja en el actuar de los individuos. Aquel que reconozca el sumo bien actuará conforme a este, puesto que el equilibrio espiritual mantiene su balance de la voluntad de los individuos para conducirse a la virtud, lo que conlleva a que actúen alejados de las experiencias seductoras del pecado; dicho de otra

³⁷ Capanaga Victorino, En busca del espíritu, *Op. Cit.*, p. 138-139

³⁸ *Ibid.* p. 211

forma, el equilibrio en la vida terrenal del sujeto mantendrá en equilibrio su vida espiritual.

2.3. Las pasiones y deseos del alma

Para Agustín, “cuando nos conformamos deseando las cosas que queremos, se llama deseo”³⁹, y en el alma yacen “agitaciones o pasiones del alma tan conocidas: el deseo el temor, la alegría, y la tristeza”⁴⁰. Contemplando una pequeña distinción, con límites estrechos, el deseo es lo que cada persona anhela, lo que quiere, de manera razonada, mientras que la pasión se manifiesta como una emoción floreciente del alma, distanciada, en parte, por la razón.

Para que el ser humano se conduzca sobre la virtud es necesario sumergirse a sus adentros, dando cuenta de sus propias fortalezas y debilidades; siguiendo a San Agustín y a Capanaga, el obstáculo más difícil se encuentra cuando las pasiones se manifiestan:

Los enemigos se ocultan en el ramaje oscuro de nuestras propias pasiones, y desde allí inquietan, perturban y soliviantan al hombre. Lo primero para salir con la victoria es quitar las armas al espíritu mismo con el señorío de sí mismo y el dominio de las pasiones: la soberbia, la envidia, la sensualidad, la pereza. Estas pasiones son las cabezas de facción en el hombre cristiano, y mientras ellas levanten discordias y rebeliones no se logrará la paz.⁴¹

De este fragmento se rescatan dos aspectos importantes: 1) lo que se debe abordar con mayor precaución proviene desde el interior del hombre mismo, sus propios impulsos o deseos o pasiones; 2) la soberbia, la envidia, la sensualidad y la pereza, son

³⁹ Agustín, Hipona de, *La ciudad de Dios*, XIV, 7, (México: Porrúa, 2017), p. 373

⁴⁰ *Ibid.* XIV, 3, p. 370

⁴¹ Capanaga Victorino, *En busca del espíritu*, *Op. Cit.*, p. 72

pasiones que se deben de sobrellevar con mayor énfasis. Antes de proseguir, ¿De dónde provienen las pasiones? En la *Ciudad de Dios* Agustín deja entrever lo siguiente:

No agrava y oprime el cuerpo corruptible; pero sabiendo que la causa de este pesar no es la naturaleza o la substancia del cuerpo, sino su corrupción no queríamos despojarnos del cuerpo, sino llegar con él a la inmortalidad. Y aunque entonces será también cuerpo, como no ha de ser corruptible, no agravará. Por eso, ahora agrava y oprime el alma el cuerpo corruptible, y esta morada nuestra de tierra no deja alentar al espíritu con el peso de tantos pensamientos y cuidados [...] la corrupción del cuerpo, que es la que agrava el alma, no es causa, sino pena del primer pecado.⁴²

Consideración primera, en torno al pensamiento de Agustín sobre las pasiones: el cuerpo y la dimensión terrenal no son aspectos que sean en sí malévolos o corruptos, en realidad se exige un cuidado del cuerpo para alcanzar la inmortalidad con este. Segundo: por consecuencia del primer pecado, los sujetos, según las capacidades de los cuerpos materiales los vuelven corruptibles; la seducción de las cualidades de los entes y/o cuerpos materiales es un factor que pone a prueba a los sujetos constantemente:

Si concedemos que el hombre se pervierte por la seducción de otro hombre, habría que investigar de nuevo: este seductor por quien fue pervertido. En realidad, un seductor semejante no puede ser malvado. Nos queda un no sé qué, que no sea ni Dios ni Hombre. Pero, sea lo que sea, emplea la fuerza o la seducción. Si la fuerza, ya quedó respondida arriba. Si la seducción como sea, porque la seducción no obliga al que no quiere, la causa de su perversión vuelve a la misma voluntad del hombre, ya sea pervertido con o sin un seductor.⁴³

⁴² Agustín, Hipona de, *La ciudad de Dios*, XIV, 3, *Op. Cit.*, p. 370

⁴³ Agustín, Hipona de, "Ochenta y Tres cuestiones diversas", *Obras completas de San Agustín XL*, (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1995) p. 68

Empatizando con Agustín, la seducción se manifiesta, de cierta manera, como una elección que debe de tomar el sujeto, ya que, las cosas del mundo terrenal son cosas que el alma no puede pasar por alto, las admira y las desea, nutren el cuerpo físico junto con la sección intelectual, empero, por la seducción de los bienes terrenales, el alma, dependiendo la carencia de su voluntad, buscará incesante lo que la seduce. Al no evaluar los estímulos que afectan al alma, estas pasiones, lo que anhela o escoge la persona con tanta determinación, se convierten en un vicio que termina por desequilibrar la vida del individuo, de manera terrenal como espiritual.

Las pasiones, de las cuales nos advierte Agustín para desplazar nuestra atención son de las que la voluntad carece de fuerza para controlar, este carácter débil de la voluntad transforma a las pasiones en vicios. Se advierte sobre vicios carnales que conducen al alma hacia el no-ser, sin embargo, la materialidad no es lo único que fortalece al alma en el terreno del no-ser, existen vicios que habitan en el interior del sujeto:

No todos los vicios de nuestra mala vida deben atribuirse a la carne para no eximir de todos ellos al demonio, que no está vestido de carne mortal, pues aunque no podamos llamar con verdad al príncipe de las tinieblas fornicador o borracho u otro dicterio semejante alusivo al deleite carnal, aunque sea secreto instigador y autor de semejantes pecados, con todo, es soberanamente soberbio y envidioso [...] es cierto que no participa el demonio, porque dice que las enemistades, contiendas, celos, iras y envidias son obras de la carne, de todos los cuales vicios la fuente y cabeza es la soberbia.⁴⁴

Hay dos tipos de vicios, los que radican en el exterior del cuerpo, manifestados como objetos, bebidas o alimentos; y los que moran en el interior de los sujetos: la soberbia y la envidia. Como ya se ha comentado anteriormente, las experiencias del mundo terreno son importantes para la conformación del alma, sin embargo, existen experiencias que dan cuenta de nuestras capacidades, límites y cualidades, algunas de esas propician la

⁴⁴ Agustín, Hipona de, *La ciudad de Dios*, XIV, 3, *Op. Cit.*, p. 370

confianza de sí, pero en exceso provoca que el orgullo o la vanidad o la soberbia se desarrolle en el interior de las personas, impidiéndoles ver algo más allá de sí mismos, alejándose de la verdad, nublando el camino de la virtud.

Para evitar el camino escarpado de la soberbia, es importante conducirse bajo la humildad.

Las virtudes que llamaríamos *elevadoras*, como la oración, se fundan en la humildad y son parte muy activa del desarrollo de la vida cristiana.

Lo mismo decimos de la interioridad. Así como la soberbia exterioriza y significa despilfarro de los tesoros íntimos, la humildad protege, ayuda y enriquece la vida interior. Tanto la soberbia como la sensualidad arrojan la casa por la ventana, mientras la humildad la llena de alhajas y riquezas divinas, que dan anchura y profundidad al espíritu [...] Las riquezas verdaderas se poseen con la memoria, la inteligencia y la voluntad, en las cuales se actúa y brilla la imagen de Dios.⁴⁵

La soberbia y la sensualidad, en tanto que dominan al alma, no escatiman por conseguir sus deseos, siempre van en busca de ello queriendo cada vez más: es en ese momento, en el que los excesos emergen, debilitan la búsqueda del sumo bien, así como se deja a un lado la trascendencia espiritual del sujeto. Al mantener la medida o la humildad, misma que se manifiesta al establecer un orden dentro de sí, apoyada de la razón para establecer límites, así como de la voluntad, previenen la presencia del exceso.

Pese a que las pasiones se presumen de manera negativa, no todas poseen dicho carácter, por ejemplo, “el gozo propiamente es de los buenos y piadosos”⁴⁶. Los seres humanos cuentan con la libertad de apreciar las experiencias de una forma grata al alma, con ello se da cuenta de la felicidad. Aunado a ello, el gozo y la felicidad, que por sus cualidades se puede afirmar que son pasiones virtuosas, alumbran el paso para uno de los sentimientos con mayor importancia para el alma, el amor, mismo que radica en el corazón, logrando vislumbrar en el momento en que los sujetos se conocen a sí

⁴⁵ Capanaga Victorino, *En busca del espíritu*, *Op. Cit.*, p. 143-144

⁴⁶ Agustín, Hipona de, *La ciudad de Dios*, XIV, 8, *Op. Cit.*, p. 375

mismos, aceptando sus cualidades y defectos; abrazando lo que los sujetos, junto con lo que pueden llegar a ser. El amor tiene la capacidad de ser direccionado para sí, como a los entes con los que se comparte la existencia, manifestándose en cada experiencia compartida

2.4 El amor en el autoconocimiento en la filosofía agustina

Para San Agustín, el amor se entiende:

(...) siendo el amor un movimiento, y no hay movimiento alguno sino hacia algo, cuando buscamos aquello que debe ser amado, estamos buscando qué es aquello hacia lo cual nos conviene movernos. Así pues, si el amor debe ser amado, de cierto que no debe ser amado todo amor. En efecto, hay también un amor torpe, por el que el alma persigue las cosas inferiores a ella misma, y que se llama propiamente codicia, es decir, la raíz de todos los males.⁴⁷

El concepto de amor ubicado en el pensamiento de San Agustín se presume como un sentimiento que direcciona el actuar de los seres humanos hacia un fin grato para el alma, misma que da pauta para regocijarse de gozo y completud. Dicho sentimiento se fecunda en las experiencias de los sujetos con los otros, pero también se refleja hacia uno mismo, al tiempo en que uno es reconocido por sus semejantes, o en el tiempo en que una persona expresa su afecto o estimación mediante acciones físicas como los abrazos, besos, caricias, o mediante presentes que denotan un símbolo de unión entre las personas.

Para que el amor sea derramado adecuadamente con los demás, es necesario que de forma individual cada persona logre apreciar y reconocerse. Siguiendo a San Agustín: “No es posible en quien ama a Dios que no se ame a sí mismo; y más diré: que

⁴⁷ Agustín, Hipona de, Ochenta y tres cuestiones diversas, 35, *Op. Cit.*, pág. 103.

sólo se sabe amar a sí mismo quien ama a Dios⁴⁸. El autoconocimiento que desentraña a Dios en lo profundo del alma consigue la aceptación del individuo como el de Dios, y por ende nace un amor para ambos. Amarse a uno mismo implica apreciar no sólo la composición biológica, sino también los misterios que yacen en el alma, por ello también se ama a Dios al pertenecer al plano divino del cual proviene el alma. Sin embargo, cabe recalcar que:

No será bueno el amor de ti mismo si es mayor que el que tienes a Dios. Y lo mismo que haces contigo, hazlo con tu prójimo, con el fin de que él ame a Dios también con perfecto amor. Pues no le tienes el amor que a ti mismo, sino te afanas por orientarle hacia el bien al que tú te diriges; es éste un bien de tal naturaleza que, no disminuye con el número de los que juntos contigo tienden a Él. Aquí tienen su origen los deberes que rigen la comunidad humana, en los que no es tan fácil acertar.⁴⁹

El amor de los individuos debe de tender hacia uno superior a lo humano, un amor divino, infinito. Aquellos quienes no lo consideran y se dirijan hacia el amor carnal, tomando por mayor valor el de uno mismo que reposa en lo mudable, terreno e incompleto, amarán de manera imperfecta. Quien se ama se dirige al sumo bien con humildad, y en ese andar, a través de las experiencias con los otros, se comparte un amor que direcciona a los individuos a un mismo horizonte: el amor perfecto de Dios. Las acciones de la comunidad que se contagian con este amor direccionado al sumo bien propiciarán el bienestar de sus individuos

Con relación al amor con quienes nos rodean, Agustín establece que:

El amor del prójimo lleva consigo hacer bien, unas veces al cuerpo y otras al alma. El bien que dice relación al cuerpo lleva el nombre genérico de medicina, y lo que hace bien al alma, de instrucción o disciplina. Medicina llamo yo todo lo que sirve para conservar la salud del cuerpo o para repararla. En este nombre genérico de medicina entran no sólo

⁴⁸ Agustín, Hipona de, "Costumbres de la iglesia católica", I, 26, 50, *Obras completas de San Agustín IV*, (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1948), p. 321

⁴⁹ *Ibid.*

los servicios del arte médico, sino también del alimento, bebida, vestido, habitación y todo lo que es protección y defensa del cuerpo contra toda clase de accidentes y heridas que le vienen de fuera, y que le perjudican, como el hambre, la sed, el frío, el calor y demás.⁵⁰

El amor al prójimo aparece en cuanto los individuos procuran el bienestar físico y anímico del otro mediante la empatía. Por el bienestar físico, el compartir los bienes materiales para evitar las desgracias del otro se refleja como un acto de amor al prójimo, así como atender las heridas, brindar medicina o primeros auxilios a quien lo quisiera. El salir al auxilio de los otros es originado por un impulso anímico que hace empatizar con el dolor, sufrimiento, hambre, sed o cualquier otra necesidad biológica, para con el otro; ya que por algunas experiencias similares se comparte lo que acongoja el corazón en el momento de necesidad.

En cuanto al bienestar del alma, radica en compartir con los otros la dirección que debe de seguirse para con la virtud, remarcar los errores cometidos, fomentar los valores y virtudes para conservar la armonía, de igual forma, fomentar la disciplina para no caer en tentaciones materiales.

Sin embargo, por el bienestar del alma también debe considerarse al atender las heridas espirituales: darle consuelo a quien lo requiera para que no sea presa de la desesperación, propiciando el florecimiento de la fe y la esperanza en corazones oscurecidos por la duda o el temor, para ello, las palabras de aliento, los abrazos o caricias, se toman como armas para alcanzar la luz que el alma necesita; inspirar confianza, valor, templanza, la virtud misma. El perfeccionar el alma en la virtud actúa como un amor al prójimo, ya que el sujeto se convierte en un ejemplo a seguir, puesto que inspira a los otros para conducirse hacia la perfección.

Cuando se alude a los terceros no sólo se es referido propiamente a personas, los entes pueden ser amados de igual forma que los sujetos, pues proporcionan satisfacción al alma, aunque de manera distinta, como lo son los alimentos, bebidas o bienes monetarios. Distintas de los entes materiales, las actividades que cada uno

⁵⁰ Agustín, Hipona de, Costumbres de la iglesia católica. *Op. Cit.*, I, 47, 54, p. 325

realiza también suelen ser amadas, mismas en las que los sujetos se ponen a prueba física y mentalmente, abriendo paso a la concepción de las limitaciones individuales, así como un auto-reconocimiento que da cabida al amor a sí mismo en tanto se alcanzan objetivos satisfactoriamente, obstáculos que hacen dar cuenta al sujeto de una trascendencia virtuosa. A pesar de que el amor trae consigo estímulos positivos al alma, es necesario discernir entre todos ellos, pues los placeres materiales que cobijan al alma nublan su visión para perseguir lo que yace en el sumo bien, provocando que el enfoque anímico busque constantemente la satisfacción terrenal sin límite alguno, convirtiendo así al gozo y placer en vicio, refiriendo a ello como un amor malo.

El amor también se percibe como una especie de anhelo, que

(...) está determinado por la cosa precisa que busca, igual que el movimiento se despliega por el fin hacia el que se mueve(...) Lo que determina el movimiento del deseo, siempre está dado de antemano. Nuestro anhelo se dirige a un mundo que conocemos, y no descubre en él nada nuevo. La cosa que conocemos y deseamos es un “bien” (*bonum*); no la buscaríamos por sí misma si no lo fuese. Todos los bienes que deseamos en nuestra búsqueda de amor son objetos independientes, desligados de otros objetos. Cada uno de ellos no representa más que su bondad aislada. El rasgo distintivo de este bien que deseamos es que no lo tenemos. Una vez que tenemos el objeto, nuestro deseo cesa, a no ser que estemos amenazados por su pérdida. En este caso, el deseo de tener (*appetitus habendi*) se torna temor de perder (*metus amittendi*).⁵¹

Los seres humanos se ven atraídos por las características propias de aquellos bienes que impactan en la parte anímica de los individuos, pues emerge una atracción por esas mismas. Al conocer sus propiedades se maquilla la idea de lo que eso provocaría en el ser humano; es algo que no posee el sujeto pero lo quiere, sabe que eso le proporciona satisfacción o placer, la cual remite a un estado conocido como felicidad, siendo esta la que “protege el amor, el amor inspira y reclama felicidad y libertad en la misma

⁵¹ Hannah Arendt, *El concepto de amor en San Agustín*, (Madrid: Encuentro, 2001), pág. 25.

proporción. Precisamente la libertad se hace auténtica en el seno del amor⁵². Para conservar dicha felicidad es necesario evitar sofocarse en la noción de la pérdida de aquello que se ama, si no es regulado este aspecto el alma vivirá estresada o preocupada o con miedo. La angustia de un futuro lejano oscurece el presente, dejando a un lado lo gratificante de este.

Es necesario considerar que el amor no debe desbordar al alma, requiere de la medida para que no se convierta en codicia, sobre todo en un amor de persona a persona, es en este sentido en el que la libertad resalta para un amor saludable. Para amar al otro es necesario considerar su individualidad, ya que, si no es así, la codicia no permite el paso a la felicidad para las personas, llenando los corazones de rencor. El amor se encuentra ligado a un sentimiento virtuoso, debe amar solo lo que tiene que ser amado. “El equilibrio del amor es la integración de la mente y el corazón. El amor no se puede pintar con los ojos vendados como la justicia, porque se convierte en una cárcel sin frenos.”⁵³

El amor que se corrompe actúa sin medida alguna, convirtiéndose en egoísmo, pues los sujetos quieren todo para sí, dejando de lado a sus semejantes, destruyendo también lazos afectivos que se puedan formar, de esta manera no se puede amar, por ello es importante actuar con prudencia;

No amar es una desgracia, la pobreza inimaginable más radical. El error del egoísta es doble: no ama y no se ama. Alimenta el sueño de una felicidad imposible porque prefiere vivir en situación de debilidad y aislamiento a disfrutar de compañía y la compasión. Sin saberlo el egoísta se odia y toda forma de odio envenena el corazón. No amarse a uno mismo incapacita para el amor a los demás.⁵⁴

⁵² Santiago M. Insunza, “San Agustín, ¿Maestro para los jóvenes del siglo XXI?”, *Orden de Agustinos recolectos*, 2018, pp. 1-28, localizado en: <https://www.agustinosrecolectos.com/2018/07/formacion-permanente-2018-jovenes-san-agustin/#:~:text=Un%20de%20los%20puntos%20de,siempre%20presentes%20en%20su%20vida%C2%BB>.

⁵³ *Ibid.* p. 9

⁵⁴ *Ibid.* p. 10

Un alma envuelta en vicio, que cambia el amor por egoísmo y odio, no sólo perturba la armonía con las personas con quienes comparte el mundo. Dentro de sí, el equilibrio entre la mente y el corazón se trastorna, opacando el aprecio de uno mismo que impulsa a los sujetos a conseguir la trascendencia hacia lo que está por encima ellos, y por consiguiente, impide alcanzar la felicidad que yace en lo profundo del ser. Un corazón carcomido, no le da cabida al reconocimiento del otro con quien se comparte la existencia, consiguiendo que la soledad se fortalezca, desembocando en acciones inaceptables, que, en algunos casos, atentan contra la integridad física o moral de los individuos, evitando que florezca una felicidad compartida en el mundo, propiciando, en teoría, la paz en comunidad.

Retomando lo estipulado por Agustín, los hombres aman las cosas que les pueden traer consigo la felicidad, sin embargo, el amor más grande que se puede tener no radica en un objeto material, más bien, se sitúa en la coexistencia con otras personas, pero en especial con Dios. El amor que habita en los lazos afectivos de los seres humanos es una de las cosas más inmensas que se pueden experimentar, tanto que su conceptualización, a través del tiempo, sigue siendo uno de los trabajos más complejos y relativos; sin embargo, nadie puede dudar de ese sentimiento en tanto que se sabe que brota de lo más íntimo del alma; una especie de intuición de la que no se duda, aunque escapa del lenguaje. El amor ha sido el causante de la unidad de los asentamientos humanos, fungiendo su papel como pilar fundamental para la existencia de las familias, mismas que proporcionan a los integrantes de estas una razón de ser, queriendo lo mejor para ellos. Aquellos que aman de verdad siempre buscarán que el otro alcance la virtud para la obtención de un bienestar, plenitud y felicidad en sus vidas.

El amor no puede aparecer en la comunidad si es que no aflora dentro de cada sujeto. Para que el amor pueda cumplir con su función de unidad es necesario que cada individuo se ame a sí mismo, sin embargo, en ocasiones las personas enfocan su atención hacia los bienes materiales, dando como resultado un agobiante malestar al percatarse que sus deseos no son satisfechos instantáneamente; por ende, es importante nutrir el amor de los individuos con base en los valores, principios o virtudes

como lo son la paciencia, la empatía, el respeto, la tolerancia, mismas que están ligadas a la paz, al equilibrio entre lo espiritual y lo material que consiguen vislumbrar la verdadera felicidad. El diálogo, la resolución de los problemas bajo términos empáticos, así como el reconocimiento de los errores, participan con importancia al promover el desarrollo anímico individual tanto como el social.

2.5 La amistad como fuerza para la unidad social

Para la formación de la realidad social del ser humano, primero se alude a las relaciones interpersonales que los sujetos adquieren gracias al intercambio de ideas, experiencias, conocimientos, gustos, etcétera, con otros individuos. De dichas relaciones se destacan dos muy importantes: la amistad y el amor. En segundo lugar, las cosas materiales son aquellos objetos que adquieren un valor dependiendo el esfuerzo que le tomó al sujeto para hacerse de él, en donde se reconocen las capacidades individuales que manifiestan la obtención de un objetivo, sin embargo, este valor hacia lo material también puede provenir de un segundo individuo, es en este punto en el que el objeto adquiere un significado, pues el compartir con los otros alguna cosa se convierte en un referente a la unidad interpersonal, un recordatorio de una vida compartida, teniendo como base el reconocimiento positivo de los demás.

Las relaciones interpersonales, priorizando la amistad, dotan de sentido y significado a la existencia de los seres humanos, liberando a las almas de la soledad y el egoísmo, pues al coexistir con otros sujetos no sólo se hace presente una reacción intelectual, sino también espiritual, tal como comenta Agustín:

En los comienzos de mi enseñanza en el municipio en que nací, me había hecho de un amigo que me resultaba muy querido por la comunidad de nuestros gustos. Éramos de la misma edad y lozaneábamos ambos en la flor de la adolescencia. Conmigo había crecido

siendo niño, juntos habíamos asistido a la escuela, juntos habíamos jugado (...) Era, con todo, dulce en extremo esa amistad, madurada en el fervor de idénticas aficiones.⁵⁵

La amistad nace al mirar con los ojos del espíritu el alma del otro, es una capacidad de los seres humanos que hace un llamado a compartir la existencia;

Ahora dime, por favor: ¿cómo ves el afecto de tu amigo? Porque el afecto no puede verse con los ojos corporales. ¿Ves, por ventura, con los ojos del alma lo que pasa en el alma de otro? Y, si no lo ves, ¿cómo corresponderás a los sentimientos amistosos, cuando no crees lo que no puedes ver? ¿Replicarás, tal vez, que ves el afecto del amigo en sus obras? Verás, en efecto, las obras de tu amigo, oirás sus palabras; pero habrás de creer en su afecto, porque éste ni se puede ver ni oír, ya que no es un color o una figura que entre por los ojos, ni un sonido o una canción que penetre por los oídos, ni una afección interior que se manifieste a la conciencia.⁵⁶

La empatía anímica que brota dentro de la parte espiritual de los seres humanos, manifestándose como sentimiento que vela por el bienestar de los amigos. La amistad se construye con las experiencias que se adquieren al pasar tiempo con el otro, al momento de compartir ideas, pensamientos, objetivos, sueños, aventuras, desventuras, un lenguaje, entre otros aspectos, con lo cual se expande el horizonte de pensamiento y del mundo de cada cual.

Los amigos tienen una repercusión sobre el actuar de las personas, es gracias a ellos donde se puede apreciar la dualidad de la amistad. Para San Agustín, “Existe una amistad estimulante y enriquecedora, y también la amistad que corrompe (...) la amistad, además de ser una especie de bienaventuranza, hasta un sacramento puede derivar en complicidad ante el mal. Son los falsos amigos o malas compañías.”⁵⁷ Por el lado

⁵⁵ Agustín, Hipona de, *Confesiones* 4, IV, *Op. Cit.*, p. 61

⁵⁶ Agustín, Hipona de, “De la fe en lo que no se puede creer”, *Obras de San Agustín IV*, I,3 (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1948), p. 797

⁵⁷ Santiago M. Insunza, “San Agustín, ¿Maestro para los jóvenes del siglo XXI?”, *Orden de Agustinos recolectos*, 2018, pp. 1-28, localizado en:

negativo, las amistades que corrompen son aquellas que se van por la vía de los placeres materiales, un camino en el que se deja llevar por una felicidad ilusoria. Aquellos que guardan resentimiento en su corazón, por una formación del “yo” inadecuada, a falta de atención o cariño que no pudo ser concebido por la familia, los sujetos buscan con desesperación aquello que hace falta en su vida para poder ser felices, pero, esa felicidad en muchas ocasiones es confundida por placeres inmediatos que atentan contra la salud física o mental, y mientras el corazón yace confundido en un alma marchita, las relaciones con los demás se manifestaran como una amistad carente virtud. Los adolescentes, niños o jóvenes son quienes manifiestan de manera notoria estas deficiencias anímicas, pero dentro de la juventud, esta felicidad falsa e inmediata se encuentra en el exceso de los placeres terrenales.

Las malas influencias son aquellas que inducen a un exceso de placeres descontrolados, mismos que generan un estilo de vida que deja de lado el fortalecimiento de la vida espiritual, para ello San Agustín menciona lo siguiente:

Desventurado era yo y desventurada es toda alma encadenada a la amistad de las cosas mortales (...) Sí, era desventurado. Pero aún más que a aquel amigo amaba yo aquella desventurada vida. Porque, aunque hubiere deseado cambiarla, no hubiese querido perderla más que a él, y no sé si la hubiese querido perder en vez de a él.⁵⁸

Luego de hacer referencia a lo que no debe de ser llamado amistad, ¿Cuál sería la amistad verdadera? Para San Agustín “la verdadera amistad, que no es verdadera sino cuando tú la simientas entre seres unidos entre sí por la caridad derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado”⁵⁹, es decir, que la amistad verdadera se manifiesta en un apoyo mutuo, una convivencia en la que se le ayuda al otro a crecer; un amigo de verdad le hacer ver al otro sus errores, reconoce sus virtudes,

<https://www.agustinosrecoletos.com/2018/07/formacion-permanente-2018-jovenes-san-agustin/#:~:text=Un%20de%20los%20puntos%20de,siempre%20presentes%20en%20su%20vida%C2%BB.>

⁵⁸ San Agustín, *Confesiones 4, VI, Op. Cit.*, p. 63

⁵⁹ *Ibid*, p. 61

lo anima para poder ser mejor día con día; lo ayuda a sanar de los malos que lo han corrompido o de las penas que carga.

La amistad sirve de prólogo y ensayo al amor, aunque sean realidades de distintas categorías. El amor es un camino inexcusable de crecimiento interior y, en algunos casos, una forma de complementariedad y de unión de polos masculino y femenino. Si el amor se concentra en la relación con una sola persona y es indiferente ante todo lo demás, estamos ante un engaño que puede camuflar distintos modos de egoísmo.⁶⁰

La amistad verdadera, teniendo un carácter de unidad entre los sujetos, conlleva un cariño hacia el otro, mismo que tiene un carácter muy especial. Según San Agustín:

"(...) El Criador [Dios], si verdaderamente es amado, esto es, si se le ama a Él mismo y no a otra cosa en su lugar que no sea Él, no se puede amar mal, porque hasta el mismo amor debe ser amado ordenadamente, amando bien lo que deba amarse para que haya en nosotros la virtud con que se vive bien; por lo cual, soy de parecer que la definición compendiosa y verdadera de la virtud es el orden en amar o el amor ordenado."⁶¹

Siguiendo a Agustín, un lazo afectivo verdadero entre amigos exige un cariño, un amor entre los sujetos, pero este cariño, por más pequeño que sea, si es verdadero tiene que estar dirigido hacia la virtud. Para poder comprender esto se tiene que iniciar desde uno mismo, lo que implicaría un cariño propio que impulse al sujeto hacia su perfeccionamiento.

Anteriormente ya se ha recalcado que es necesario la búsqueda de uno mismo desde el interior de sí, un lugar en donde se encuentra al verdadero "yo" pero también a Dios, ahora, si una parte de Él tiene la morada dentro del corazón de los seres humanos, este podría reflejarse en uno en el momento en que se obra con amor, es decir, con virtud.

⁶⁰ Santiago M. Insunza, "San Agustín, ¿Maestro para los jóvenes del siglo XXI?", *Op. Cit.*

⁶¹ San Agustín, *La ciudad de Dios 15, XXII, Op. Cit.*, pág. 422

Con todo lo que hemos visto hasta ahora, siguiendo las enseñanzas agustinianas, hace referencia a una vida con amor, con uno mismo y los demás, con eso se alcanza una existencia que goza de armonía, un equilibrio entre la comunidad. Ahora, traspasando esto a la amistad, si uno es un buen amigo "amará", de cierta forma, al otro, apoyándolo en todas sus travesías, tomando juntos el camino que los apoye a mejorar en todos los aspectos para superarse en diferentes aspectos, incluyendo al pecado, en tanto que se suprimen los placeres desbordantes para caer en malos actos, así juntos podrán limpiar sus almas, guiándolas hacia la santidad, viendo el reflejo de Dios en el otro.

Como es sabido, el amor virtuoso refleja al alma la felicidad y el gozo verdadero, sin embargo, no basta con solo contemplar dicho placer esporádicamente en tanto se viven experiencias. Para un mayor acercamiento al amor, junto con la felicidad verdadera, es necesario que los sujetos atiendan el fortalecimiento de la voluntad y disciplina. Así como el cuerpo se ejercita para el perfeccionamiento de alguna actividad física, análogamente la voluntad anímica requiere de una preparación, la cual se adquiere mediante la práctica, es decir, apaciguando el impulso de las pasiones a través del conocimiento y entendimiento de la virtud, aunada la mesura, por vía de distintas experiencias que pongan a prueba los deseos del alma. La formación anímica de los individuos no sólo reposa en la individualidad, puesto que la actitud de los individuos se manifiesta en los otros acompañada de valores que propician el alumbramiento de la armonía en la vida colectiva.

La formación de una educación virtuosa expone que los lazos afectivos son una característica de los seres humanos muy importante para que se pueda fortalecer una sociedad, iniciando desde la familia hasta el Estado. Los amigos, el amor, son fundamentos importantes para combatir la soledad, así como para darle sentido a la existencia de las personas, los cuales nos motivan a construir experiencias inolvidables que nutren el corazón con buenos recuerdos, o por el contrario, abren heridas que desbordan tristezas. Sin embargo, el trabajo de los buenos amigos y de los buenos amores, es ayudar al sujeto a superarse a sí mismo, a reconocerse tal y como es para

poder tener una vida armónica estable. Así mismo, estos sentimientos que surgen al relacionarse con los demás, se muestran como una especie de verdad que no cabe dentro de lo conceptual, sino más bien se sabe que es verdadero porque se siente.

CAPÍTULO 3. LA FORMACIÓN VIRTUOSA BASADA EN LA ÉTICA AGUSTINIANA

3.1 El concepto de virtud para San Agustín

En el pensamiento filosófico agustino:

No hay quien ponga en duda que es la virtud la perfección del alma (...) Es necesario, pues, que la virtud subsista fuera del alma, o, si no se quiere ver en ella nada más que un hábito o cualidad del alma sabia, cualidad que sólo subsiste en el alma, la dirección a la conquista de la virtud tiene que ser a otra cosa distinta del alma; pues a mi entender, si la dirección del alma es hacia la nada o hacia algo necio o insensato, se sale del verdadero camino de la sabiduría (...) Esa otra cosa que yendo el alma en busca de ella la hace sabia y virtuosa es el hombre sabio o el mismo Dios (...) Esta otra cosa, pues, es Dios y nada más; tendiendo hacia Él vivimos una vida santa; y si lo conseguimos, será una vida, además de santa feliz y bienaventurada.⁶²

La virtud es aquello que es totalmente perfecto y sabio, eso en lo que descansa la verdadera felicidad. Siguiendo la tradición metafísica de San Agustín, lo verdaderamente virtuoso es Dios, quien también bendijo a los seres humanos con un alma que les propicia vitalidad para experimentar y conocer lo que yace en la creación, y en base a esto, tratar de alcanzar la perfección. Sin embargo los individuos, por sus cualidades humanas, deben tender a regresar con su creador, es decir, enfrentarse a las adversidades del plano terrenal para diferenciar entre aquellas experiencias que remiten al vicio o al egoísmo, las cuales mantienen sujetas al alma en lo material y en el pecado, desequilibrando la espiritualidad de los sujetos al descuidar el desarrollo espiritual que alumbró la virtud. Para que las almas alcancen un desarrollo sabio y perfectible, se necesita mantener un equilibrio anímico, el cual se mantiene alejado del pecado.

⁶² Agustín, Hipona de, "De las costumbres de la iglesia católica y de las costumbres de los maniqueos", I, 6, 9, *Obras de de San Agustín IV*, (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1948), p. 271-273

Para la perfección de las almas humanas, no basta con que los individuos conozcan lo que es bueno y lo que es malo, más bien, su conocimiento de estos opuestos debe manifestarse a través de su actuar en el mundo, las acciones individuales repercuten en la vida colectiva de los seres humanos, compartiendo el amor, paz y la amistad. De igual forma, el amor y el orden se manifiestan como factores importantes para el acrecentamiento de la virtud, lo que Agustín establece como el *ordo amoris*:

¿Qué quiere decir San Agustín con estas dos palabras: *ordo amoris*? Respecto del amor, hay que decir que tiene que ver con el hecho de que, para San Agustín, no basta conocer la verdad para poseerla, sino que hay que amarla de tal manera que queramos esforzarnos por alcanzarla. No basta, por tanto, conocer la ley, sino que hay que amarla, amor que se manifiesta en el esfuerzo por adecuarnos a ella. De ahí que no basta amar para ser virtuoso, hay que amar rectamente, amar con orden. Cuando se ama otra cosa en su lugar, el hombre se desordena, rechaza el dictado de la conciencia y, con ello, produce una ausencia, una carencia o mal, fruto del desorden. El papel de la virtud es corregir esa desviación: «la verdadera virtud consiste —dice San Agustín— en hacer buen uso de los bienes y de los males y referirlo todo al fin último». La noción de la virtud como *ordo amoris* nos hace ver que las virtudes son la mejor prueba de nuestro amor a Dios, porque con ellas aceptamos el orden establecido por el Creador para nosotros y le damos gloria.⁶³

Retomando la idea del amor para con la virtud, San Agustín esclarece que el conocer el significado de lo que es virtuoso, así como del orden, no basta; los sujetos deben de esforzarse para poder impregnar estos factores en su alma, haciéndolos partícipes en su día a día, desde un factor interno como externo. Considerando que la virtud se refiere al perfeccionamiento de las almas, y que la virtud se consigue en tanto que los individuos la aman, esforzándose con disciplina para alcanzarla, denota que la búsqueda de la virtud es un acto de amor a uno mismo, puesto que conjuntamente se procura un

⁶³ Rojo, Josefa. “La virtud como *Ordo amoris* según San Agustín”. *Anuario Historia de la Iglesia*, no. 8, (1999): 418-423, localizado el 27 de junio del 2024, en: <https://hdl.handle.net/10171/11557>

equilibrio alejado de las consecuencias del exceso pasional. La labor de la virtud consiste en procurar la mesura de las pasiones para sostener el equilibrio anímico de las personas. El amar con rectitud traza el camino hacia la virtud, perfeccionando el alma de los sujetos, así como también es una muestra hacia Dios, ya que se acepta el orden de la creación manteniendo un orden con ello.

El propósito de cultivar el alma en el terreno de la virtud es para conseguir una vida feliz, sin embargo, para ello se requiere de una educación que mantenga a raya los deseos y pasiones que en muchas ocasiones alejan al alma del equilibrio virtuoso.

3.2 La educación bajo el concepto de virtud de San Agustín

El ser humano, posee la capacidad de “educarse”, o forjar una manera de ser en el mundo, mediante el autocontrol, sin embargo no se limita solo a eso, también es capaz de retener una gran cantidad de información de todo lo que sucede a su alrededor: la vida social así como su estructura política, el comportamiento de la naturaleza (mundo físico), información que el ser humano desde el inicio de la historia ha utilizado para poder sobrevivir, escudriñando cosas cada vez más complejas al pasar del tiempo. Cada conocimiento adquirido por los sujetos se transmite de generación en generación con la ayuda de los padres o sujetos que comparten la información rescatada de las experiencias sensibles, lo que da como resultado el nacimiento de tradiciones, costumbres, en concreto, una cultura. De manera general, la educación es uno de los factores más importantes para todo el desarrollo de la sociedad humana, la cual:

Señala la transmisión y aprendizaje de las técnicas culturales, o sea de las técnicas de uso, de producción, de comportamiento, mediante las cuales un grupo de hombres está en situación de satisfacer necesidades, de protegerse contra la hostilidad del ambiente

físico y biológico, de trabajar y vivir en sociedad en una forma más o menos ordenada y pacífica.⁶⁴

La educación actúa como el puente que conecta los conocimientos obtenidos de la naturaleza, así como el de las experiencias sensibles, al plano de la vida en sociedad, mismas que transforma dichos conocimientos para el desarrollo social. Dichas transformaciones o cambios de paradigmas sociales, no dejan de lado el rango del estudio de la generación de bienes materiales y monetarios, sin embargo, la sola concentración de éste trae como consecuencia el hacer futuros profesionistas preparados para ejecutar de la manera más provechosa alguna indicación dentro del campo laboral, aspecto que desplaza gran medida la educación virtuosa.

Ahora, en cuanto a la educación agustiniana:

En términos generales se puede afirmar, sobre el pensamiento pedagógico de San Agustín, que concibe el proceso educativo principalmente como un proceso de ordenación interior (de las potencias entre sí) y de ordenación moral u ordo amoris (de la voluntad, que supone la ordenación de la inteligencia), de modo que permita al hombre alcanzar su fin último, su felicidad. Ésta consiste en amar: amar a las criaturas sólo como medios para alcanzar el pleno amor a Dios, y amar a Dios por sí mismo, único bien que sacia todos los anhelos del corazón del hombre. La finalidad de la educación es, pues, fundamentalmente moral, o, más precisamente, religioso-moral.⁶⁵

Para San Agustín, la educación trata de construir al sujeto desde su interior, al pulir el alma de tal manera que alcance la virtud; para ello, es necesario que las personas sean dueñas de sus pasiones y emociones, ordenando lo que yace en el interior del corazón y la mente, amándose a sí mismo como a los demás para conseguir la felicidad.

⁶⁴ Nicola Abbagnano. *Diccionario de filosofía*, (México: FCE, 1974), p. 370.

⁶⁵ Mujica Rivas María Lilián, "La dimensión pedagógica del término disciplina en San Agustín", *Revista española de pedagogía*, no. 231, 2005, pp. 309-323, pp. 309, localizado en: <https://dialnet.unirioja.es/download/articulo/1290902.pdf>

El fallo de las voluntades creadas se trasluce enseguida con la opción por el amor desordenado hacia sí mismo, lo cual compromete la bienaventuranza del hombre y del ángel. A través del mal uso de su libertad y la incorrecta dirección de su amor, ellos mismos configuran su propio ser, deformándolo.⁶⁶

Fortalecer la voluntad es clave para conseguir el orden anímico, pues la voluntad de cierta forma conduce las acciones de los sujetos, lo que evita caer en acciones o actitudes que alejan al alma de la perfección. Por ende, es indispensable que la libertad del sujeto no tienda a la represión de los otros; la libertad debe velar por el bienestar de sí mismo y de los demás. Tener la fuerza para el autocontrol también refleja un amor hacia nosotros mismos, así como de tener conciencia para cuidarnos de algo que nos pueda hacer daño, para ello es necesario la medida, ser prudentes para no dañarnos, para tampoco hacerle un mal a los otros al momento de satisfacer los deseos. Al mantener un balance virtuoso dentro del propio sujeto, esta virtud se expande pensando en el bienestar de los demás, reconociendo a Dios en ellos, de una manera amorosa.

La educación correctamente direccionada se ve reflejada en la moral de los individuos: “la educación moral supone la educación afectiva, que consiste, no en una represión de los afectos, sino en una regulación de su intensidad y en su subordinación a la razón, es decir, en un reordenamiento de los objetos hacia los que se dirigen esos afectos.”⁶⁷ El autogobierno no es algo que se adquiere instantáneamente; educar nuestras pasiones fortaleciendo la voluntad requiere de esfuerzo y disciplina. Para Agustín: “Esta disciplina elevada y remotísima es la filosofía, que se ocupa de dos problemas: el conocimiento del alma, mediante el cual el hombre se prepara para ser feliz, y el conocimiento de Dios, con el que es feliz.”⁶⁸

El practicar correctamente la filosofía es una cuestión de hábito:

⁶⁶ Saetero Pérez Tamara, “Amor y creatio, comercio, formatio, en San Agustín de Hipona”, Tesis doctoral, Universidad de Barcelona, 2014, pág. 27, localizado en: chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/https://www.tesisenred.net/bitstream/handle/10803/283748/TSP_TESIS.pdf?sequence=1

⁶⁷ Mujica Rivas María Lilián, La dimensión pedagógica del término disciplina en San Agustín, *Op. Cit.*, pp. 309

⁶⁸ *Ibid.* pág. 312

El hábito es tener algo que se puede dejar de tener, como sucede con el conocimiento que, si no se tiene, se es ignorante. Ahora bien, lo que se tiene, en el caso de la sabiduría, cambia al hombre sin que ella sea modificada en sí misma. Pero, si la sabiduría es la Verdad, la Ley de Dios, no es algo propio del hombre, ser creado y, como tal, limitado, la posesión de la Verdad, porque ello excede su capacidad. No obstante, el hombre sí puede investigarla, buscarla. Ésta es la clave de interpretación de la expresión agustiniana “disciplina de la sabiduría”, que es más un hábito, una actitud y un procedimiento que un conocimiento exhaustivo de la realidad.⁶⁹

El hábito, explicado de otra manera, es una actividad que en tanto se practica constantemente; Agustín pone el ejemplo del conocimiento: alguien que estudia todos los días determinadas horas, al paso del tiempo, adquirirá esto como un hábito, mismo que desaparece en el momento en que dedique menos tiempo. Por otro lado, menciona San Agustín que para practicar el autocontrol, así como instruirse en los conocimientos intelectuales que son necesarios para la comprensión de Dios, es necesario ser disciplinado, fomentar un hábito para alcanzar la verdad o sabiduría, cosa que al mismo tiempo construye al sujeto adecuadamente.

Como se ha destacado, el ser humano es poseedor de un aspecto intangible: un alma y una racionalidad; mismas que dotan a los sujetos con pasiones e intelectos trabajando en conjunto para apreciar de una forma especial al mundo y a la vida, lo que hace a los humanos diferentes de los animales u otros organismos pertenecientes a la creación de Dios; con estas capacidades espirituales propias, el ser humano puede manifestar un lazo con sus semejantes para formar vínculos especiales que le permitan vivir en comunidad, aunque en muchas ocasiones este sentimiento empático se corrompe al no llevar a cabo una educación anímica, en la que se fortalezca su voluntad para conseguir un autogobierno. La práctica de la educación virtuosa basada en el contexto agustino sucumbe ante los ideales y la tradición de la religión cristiana, la cual

⁶⁹ *Ibid.* p. 313

toma como base principal los mandatos de Dios, misma que establece de distintas formas para la correcta formación del deber ser, sin embargo, el reflejo de este deber ser también requiere ser fortalecido por la razón:

Todo lo que sucede por casualidad, sucede sin reflexión. Lo que sucede sin reflexión, no lo hace la providencia (...) todo lo que se realiza en el mundo, en parte se realiza por la intervención divina, y en parte por nuestra voluntad. Puesto que Dios es con mucho incomparablemente mejor y más justo que el hombre mejor y más justo. Y el justo que rige y gobierna todas las cosas no deja sin castigo a cualquiera que se lo merezca, como a ninguno premia sin haberlo merecido. Pero el mérito del castigo es el pecado, y el mérito del premio es la obra buena; ni el pecado ni la obra buena pueden justamente ser imputados a quien nada haya hecho por propia voluntad. En consecuencia, tanto el pecado como la obra buena están en el libre albedrío de la voluntad.⁷⁰

Siguiendo el cauce del contexto de Agustín, el educarse conforme la virtud es fortalecer la voluntad para que el alma distinga el camino de su actuar para que los individuos se direccionen en armonía, al mismo tiempo que se apoya de la razón para tomar las mejores decisiones, al prever las posibilidades de las diferentes decisiones que se toman en las múltiples experiencias. Los sujetos conscientes de lo que es la virtud afinan el intelecto con la intención de alcanzar el bien. El actuar con fe y razón devela los caminos armoniosos que evitan malestares a los individuos, pues logra que las personas consigan el entendimiento del porqué del orden de las cosas, evitando la desesperación, abrazando un futuro que se construye en el seno de la justicia divina.

El andar con fe y razón cobijadas por la bondad no sólo trae consigo cosas buenas para los individuos, de la misma manera, la vida colectiva se beneficia al conseguir que sus habitantes se desenvuelven con paz y armonía. Pero para que esto se lleve a cabo la participación familiar es importante, puesto que los padres, o quienes fungen el papel de tutores para con los hijos, tienen la responsabilidad de cultivar en ellos la virtud y la

⁷⁰ Agustín, Hipona de, "Ochenta y tres cuestiones diversas", *Obras completas de San Agustín XL*, (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1995), p. 85-86

fuerza de voluntad; para la tradición de San Agustín yace en la religión, pero, considerando la omisión de ese factor, el fomentar los valores y virtudes que guían hacia una vida alejada del mal, forjada en el autoconocimiento y autodomínio, consecuentemente sembrará la felicidad en futuros ciudadanos.

3.3 El aprendizaje mediante el error y la influencia familiar

Las diversas experiencias en el plano material, bajo una razón y alma sin instrucción en la virtud, conlleva a que los individuos se dejen llevar por sus impulsos pasionales, lo que trae consigo tropiezos para la formación integral individual, ya que se propicia el desarrollo de hábitos que deterioran nuestra salud o estado espiritual. Apelando a que las experiencias son compartidas con los otros, se debe de tomar en cuenta la participación de las demás personas, quienes se consideran cercanas a cada uno, la familia.

Cada sujeto ocupa un lugar en la jerarquía de la sociedad y en el ámbito familiar los padres son los encargados de dirigir a los infantes por el camino de la virtud, ya que la experiencia que llevan por ventaja les otorga la conciencia para vislumbrar dicho horizonte, por tal motivo los padres están sujetos a actuar coherentemente con lo que se enseña para predicar con el ejemplo.

Sea para todos ejemplos de buenas obras, corrija a los inquietos, consuele a los pusilánimes, sostenga a los débiles, sea paciente con todos. Mantenga la disciplina con agrado, infunda respeto. Y aunque lo uno y lo otro sea necesario, sin embargo, procure más bien ser amado de vosotros que temido, pensando que ha de dar cuenta a Dios de todos vosotros.⁷¹

⁷¹ Agustín, Hipona de, "La regla de San Agustín", Obras completas de San Agustín XL, (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1995), p. 588

Quienes poseen la tarea de dirigir el deber ser de los sujetos es necesario hacerlo con justicia y rectitud; necesitan aspirar a transformarse en una figura que inspire confianza, respeto, seguridad a quienes tienen un corazón acongojado; mostrando paciencia con quienes son inquietos; cultivar la disciplina para los faltos de templanza. Aquellos que remarcan las acciones equívocas para surcar el camino hacia la trascendencia, evitar el abuso de poder es crucial para no errar en la tiranía, misma que también enferma los corazones y aleja al alma del camino de la virtud.

Las personas que estiman a otras les hacen dar cuenta de los errores que cometen, misma observación provoca un sentimiento de vergüenza al tener conciencia de la acción, como ejemplifica San Agustín en las Confesiones:

Subrepticamente, sin embargo -como tu sierva me contaba a mí, su hijo-, subrepticamente le entró a la afición al vino. Según era costumbre, la enviaban sus padres, como jovencita sobria a sacar vino de la cuba. Metía ella el cazo por la abertura de arriba, pero antes de echar el vino en el jarro sorbía con el borde de los labios un poco nada más porque le repugnaba el sabor. No hacía esto por afición a la bebida, sino por cierto desbordamiento de juventud exuberante que bulle en las travesuras y que en las lamas infantiles puede ser reprimido de ordinario por la influencia de los mayores.

De esta manera, añadiendo a aquel pequeño sorbo otros pequeños sorbos cada día -porque el que desprecia las cosas pequeñas poco a poco irá cayendo-, había venido a dar en tal hábito que se bebía ávidamente vasos ya casi llenos de puro vino(...) ¿No es cierto que sacaste de otra alma el insulto duro y punzante, como un hierro medicinal sacado de tus secretas reservas, y que con un sólo golpe cortaste aquella gangrena? Porque la criada que solía acompañarla a la cuba, discutiendo con su joven dueña, como ocurre con frecuencia, a solas con ella le echó en cara esa mala acción, llamándola, con un insulto muy amargo, “borrachina”. Herida ella por ese punzante dicerio se dio cuenta de su feo defecto e inmediatamente lo reprobó y se corrigió.⁷²

⁷² Agustín, Hipona de, *Confesiones*, libro 9, VIII, (México: Porrúa, 2007). pág. 185-184

Ahora, en cuanto a los ideales que tienen los padres, o miembros familiares, sobre los buenos hábitos y la corrección de la conducta de los hijos: los tutores que se preocupan por su formación, tanto física como espiritual, aparte de instruirlos en los valores junto con los principios más adecuados para una vida recta, buscarán que tengan una calidad de vida buena, tratando de despegar al alma de un excesivo acercamiento a las pasiones terrenales, aunque, a pesar del tránsito de los años se dividen dos tipos de padres: en primera instancia están aquellos que sobreprotegen a los hijos, en donde nada hace falta, impidiéndoles esforzarse para lograr sus propósitos; en segundo lugar, están aquellos padres que dejan de lado la comodidad de sus descendientes, provocando que estos empiecen a buscar su propio rumbo, en la cual se aprende mediante distintas experiencias turbulentas, dando como resultado un horizonte diferente de la vida, enseñando con mayor dureza lo que cuesta alcanzar los objetivos individuales.

Es cierto que a lo largo de la vida de los seres humanos los errores persisten continuamente. “Considerada más diligentemente la verdad, no siendo el error otra cosa que juzgar lo falso como verdadero y lo verdadero como falso, o tomar lo cierto por incierto, y esto cierto ya sea falso o verdadero; y siendo esto tan vergonzoso e indecoroso para el alma.”⁷³ San Agustín conceptualiza el error como esa confusión de los sujetos al tomar la falsedad como verdad, o la verdad como la falsedad, aspecto que distorsiona el horizonte al que deben dirigirse las almas, la virtud. Sin embargo, estos males deben aprender a sobrellevarse, al convertirlas en aprendizajes para evitar volver a ello, y el error no sólo tiene causas que lo producen sino efectos que le siguen. Por consecuencia, no puede ser contrario al orden”⁷⁴. Los errores y los efectos que traen consigo, son factores que transforman la vida de las personas: para aquellos que aprenden de los tropiezos retornan al sendero de la virtud; sin embargo, para quienes no

⁷³ Agustín, Hipona de, “Enquiridion”, 18, 6, *Obras completas de San Agustín IV*, (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1948), p. 487

⁷⁴ Agustín, Hipona de, “Del orden”, I, 6, 16, *Obras completas de San Agustín I*, (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1969) p. 610

vislumbran la luz luego de cometer una falta, la tristeza carcome el alma, alejándose de su perfección.

El trabajo, por ejemplo, se manifiesta como una oportunidad que destaca las fortalezas y debilidades de los individuos al poner a prueba a los individuos, desde sus capacidades físicas a las anímicas.

Así pues, si el alma racional juzga según sus propias normas, ninguna naturaleza le aventaja. Más por otra parte, siendo patente su mutabilidad, pues ora es instruida, ora indocta, y tanto mejor juzga, cuanto más instruida es, y tanto más instruida se halla, cuanto más participa de algún arte, ciencia o sabiduría.⁷⁵

El trabajo pone a prueba el alma racional, presionando a los individuos para juzgar o evaluar lo que está a su alcance, deconstruyendo sus ideas iniciales sobre alguna ciencia o arte, lo cual conlleva al perfeccionamiento del oficio o estudio. Este proceso de reflexión no sólo transforma el intelecto, también contribuye a que los sujetos forjen una nueva idea sobre sí mismos. El fortalecimiento del intelecto, así como el nuevo conocimiento que se adquiere de uno mismo, junto con los conocimientos del mundo material, al agilizar la razón para pensar en distintas opciones para la resolución de problemas; de igual forma lo prepara para las diferentes adversidades de un futuro en el que deba depender de sí mismo para sobrevivir, además de que el ambiente laboral también es una nueva oportunidad para generar lazos sociales, mismos que arrebatan el miedo a la sociedad y encaminan al sujeto a un desarrollo de las virtudes, generando una empatía o rivalidad que ayudará para el perfeccionamiento espiritual de los individuos.

La convivencia con los demás sujetos con quienes se comparte el mundo se despega del individualismo, aspecto que se manifiesta en la manera de actuar de las personas, las cuales establecen límites cada vez más estrechos, evitando, en algunos casos, el tener una responsabilidad socio-afectiva, es decir, sólo se busca el placer. Los

⁷⁵ Agustín, Hipona de, "De la verdadera religión", 30, 54, *Obras completas de San Agustín IV*, (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos: 1956), p. 135

lazos afectivos necesariamente llevan consigo emociones y sentimientos, puntos claves que diferencian a los seres humanos de cualquier otra criatura con la que comparte su mundo, estas emociones que, según San Agustín yacen en el alma, dan cabida a la unidad entre los individuos, desde una temprana edad:

Los niños tienen inclinaciones con una carga moral positiva desde sus primeros meses de vida, tanto mecanismos empáticos que provocan automáticamente su llanto ante el llanto de otros bebés, como unas ideas rudimentarias de justicia y reparación que aparecen tan pronto como el pequeño comprende que está mal hacer daño a las personas que quiere. Las emociones, por tanto, no son buenas ni malas en sí mismas, sino que terminarán siendo una u otra en función de la forma que tomen(...) las emociones son un eficaz vínculo de enseñanza desde las que se transmiten a los niños ideas acerca de lo temible, lo odios, lo repugnante, lo digno de ser amado o compadecido.⁷⁶

Siguiendo la idea agustiniana de que las pasiones deben de ser autorreguladoras, qué mejor que iniciar una educación virtuosa desde la niñez, en donde se desarrollan con mayor fortaleza los lazos afectivos y las ideas de lo correcto e incorrecto, tomando el uso de las emociones negativas (el dolor, lo temible, lo odios, lo repugnante, entre otros), se esclarecen con una mayor felicidad. Esta educación que engloba las emociones humanas o los lazos afectivos no debe pasarse por alto con el pasar de los años, puesto que cumple un factor fundamental en la vida de los individuos, así como para el cumplimiento de los objetivos de cada cual. Más bien, estas cualidades anímicas impulsan la voluntad de los sujetos, siempre y cuando la dirección sea el sumo bien, cultivando, al mismo tiempo, la armonía dentro de la sociedad.

El florecimiento de la empatía entre los seres humanos es el momento perfecto en donde actúa la palabra de Dios sobre las personas, gracias a una ética que está dirigida al actuar con virtud para que todos puedan convivir sanamente en comunidad. La

⁷⁶ Marta Gil, El cultivo de las humanidades y las emociones: reflexiones en torno a la educación moral y política: sobre la educación de las emociones, *Pensamiento*, n. 274, 2016, pp. 1141-1156. <https://proyectoscio.ucv.es/wp-content/uploads/2017/05/04-Gil.pdf>

educación del espíritu trata de regular las emociones, sentimientos, impulsos, la voluntad, la inquietud, entre otros, hacia un camino en el que el individuo pueda superarse a sí mismo para llegar a comprender los saberes de la divinidad en santidad. Esta labor espiritual en la que cada uno debe buscarse a sí mismo presenta un papel esencial para llegar a la felicidad, ya que, quien es consciente de que la felicidad emana dentro de sí, puede derramarla con los suyos, concluyendo en una sociedad alejada, en su mayor parte, de los falsos deseos terrenales que prometen una plenitud y/o felicidad pasajera, pues, para llegar a la completud, se requiere armonizar lo material y lo espiritual, conociendo los límites de ambos.

3.4 El propósito de una educación con virtud: la felicidad.

San Agustín estipula que: “Sobre un punto convenimos todos: nadie puede ser feliz si le falta lo que desea; pero tampoco lo es quien lo reúne todo a la medida de su afán. ¿No es así?”⁷⁷. La felicidad, en la dimensión agustina se hace presente en el tiempo en que los individuos concretan lo que desean o aquellas necesidades de las cuales carecen, sin embargo, ese sentimiento de felicidad o satisfacción que envuelve a los sujetos al obtener lo que el alma añora deben de ser alcanzados bajo el seno de la virtud. No obstante, hay situaciones en las que el alma no consigue concretar dicho sentimiento, a pesar de estar rodeada por las cosas que desea, o de saber que puede satisfacer sus deseos.

Algunas personas que logran hacerse de sus deseos enferman anímicamente por un mal que aún no es superado, llámese dolor, ira o miedo;

—Hay muchos afortunados que poseen con abundancia y holgura cosas caducas y perecederas, pero muy agradables para esta vida, sin faltarles nada de cuanto pide su deseo.

⁷⁷ Agustín, Hipona de, “De la vida feliz”, II, 11, *Obras de San Agustín I*, (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1962), p 554

- Y el que tiene algún temor—le pregunté yo—, ¿te parece que es feliz?
- De ningún modo.
- ¿Luego puede vivir exento de temor el que puede perder lo que ama?
- No puede—respondió él.
- Es así que aquellos bienes de fortuna pueden perderse; luego el que los ama y posee, de ningún modo puede ser dichoso.⁷⁸

El temor se gesta debido al olvido de la finitud de las cosas del mundo material, agita el alma manteniéndola preocupada por las posibilidades de un futuro incierto, estas posibilidades impiden el aprovechamiento del presente, no se disfruta o goza de los acontecimientos inmediatos. El apego excesivo de los bienes terrenales provoca lo contrario a la felicidad, mantiene a las personas sumidas en la preocupación, las cuales impiden que la vida sea grata, sin dicha.

Entonces, acorde a Agustín, ¿De qué maneras puede ser realmente feliz?

Quien desea ser feliz debe procurarse bienes permanentes, que no le puedan ser arrebatados por ningún revés de la fortuna.

— Ya hace rato que estamos en posesión de esa verdad—dijo Trigeccio.

—¿Dios os parece eterno y siempre permanente?

—Tan cierto es eso—observó Licencio—que no merece ni preguntarse.

—Luego es feliz el que posee a Dios.

Gozosamente admitieron todos la idea última.

—Nada nos resta—continué yo—sino averiguar quiénes tienen a Dios, porque ellos son los verdaderamente dichosos. Decidme sobre este punto vuestro parecer.

—Tiene a Dios el que vive bien—opinó Licencio.

—Posee a Dios el que cumple su voluntad en todo—dijo Trigeccio, con aplauso de Lastidiano.

El más pequeñuelo de todos dijo:

— A Dios posee el que tiene el alma limpia del espíritu impuro.⁷⁹

⁷⁸ *Ibid.* p. 555

⁷⁹ Agustín, Hipona de, De la vida feliz, II, 12, *Op. Cit.*, p. 556

Por ahora, la felicidad de la cual se había discutido era limitada, al originarse de los deseos materiales, mismos que, por dicha naturaleza, son finitos, por consiguiente, la felicidad que emana de ellos también lo será. La felicidad limitada no permite saciar el hambre del alma, por tal motivo, aspira a alcanzar algo lejos de lo terreno para conseguir completud, es decir, una felicidad permanente, pero esta no lo sería si no fuese por Dios. San Agustín deja claro que aquel que posea a Dios será feliz, es un mensaje claro, con una gran dificultad poniéndolo en práctica.

La felicidad derivada de Dios se conforma de tres factores importantes: 1) por la razón, al vestir de conciencia a los sujetos, dejando claro sus límites carnales o físicos, así como manifiesta una vía lógica para alcanzar los deseos: 2) Las virtudes del alma que despliegan un horizonte guiado hacia la pureza, o lejos del pecado, como lo es la voluntad, las pasiones y emociones humanas con las que se llega a una conexión social; 3) Las acciones de los individuos en su entorno social, las experiencias materiales juegan un papel muy importante, que rayan entre lo espiritual y lo racional terrenal brota la moral: “la conducta dirigida o disciplinada por normas.”⁸⁰

La conducta dirigida por normas, el deber ser (como expone San Agustín), deviene de una sabiduría divina propiciada por Dios mediante su palabra, la cual estipula un comportamiento ejemplar, alejado del pecado, de las pasiones excesivas, de la soberbia, entre otros. Al conducirse por el sendero de la virtud y la verdad, el andar del equilibrio pasional, la justicia, el amor, el orden interno y el cultivo del intelecto para bien, limpian y fortalecen el alma, haciéndola digna para la comunión con Dios. En el tiempo en que se completa la preparación del alma para la contemplación de la divinidad se aprecia con toda claridad la felicidad verdadera como un sentimiento que desborda el corazón, regocijado al alma de plenitud.

Es necesario actuar con virtud, disfrutar en medida que no corrompa el alma; con ello, los individuos construyen su vida de una manera armoniosa; estéticamente bella, y sobre todo para vivir con dicha:

⁸⁰ Abagnano Nicola, *Diccionario de filosofía*, (México: FCE, 1963), p. 818

Luego ser dichoso es no padecer necesidad, ser sabio. Y si me preguntáis que es la sabiduría (...) os diré que es la moderación del ánimo, por la que conserva un equilibrio, sin derramarse demasiado ni encogerse más de lo que pide la plenitud. Y se derrama en demasía por la lujuria, la ambición, la soberbia y otras pasiones del mismo género. con que los hombres intemperantes y desventurados busquen para sí deleites y poderío. Y se acorta con la avaricia, el miedo, la tristeza, la codicia y otras afecciones, sean cuales fueren, y por ellas los hombres experimentan y confían su miseria. Más cuando el alma, habiendo hallado la sabiduría, la hace objeto de su contemplación.⁸¹

Para la vida feliz, San Agustín menciona que los sujetos deben de perseguir la sabiduría para conseguir la dicha. La sabiduría propone procurar el balance y equilibrio de las pasiones anímicas para no caer en pecado, sufriendo angustias o malestares. Sin embargo, todo el proceso de educación virtuoso para hacerse de la felicidad es una labor con complejidad práctica, ya que para alcanzar, primero, un autodescubrimiento que propicia el balance individual anímico requiere de un determinado tiempo en que las personas deban de meditar u orar; luego, el control de la voluntad para mejorar las experiencias del mundo sensible requiere de práctica y disciplina constante, cosa que trae consigo el alejamiento del pecado; después el instruir en la virtud a las personas con las que se comparte el entorno, predicando con el ejemplo de lo que se alcanza con el sumo bien. Ahora, no se debe de dejar de lado la incompletud o imperfección de los seres humanos, misma que provoca un cambio constante en el actuar de los individuos, marcando la vida no como un ciclo, más bien como una constante transformación en la que cada acción remite a una nueva causa dando a conocer, por instantes, a la felicidad.

Si bien, aquellos quienes poseen una conciencia sobre la virtud y el sumo bien se direccionan hacia la felicidad que se localiza más allá de las fronteras humanas, es inevitable volver la mirada en determinadas ocasiones a lo humano, con esto, y sin dejar de lado a Agustín, se puede dar cuenta de tres tipos de felicidad: 1) la felicidad absoluta que mora en el plano de lo divino; 2) la felicidad falsa o material que descansa en las

⁸¹ Agustín, Hipona de, "De la vida feliz", 4, 33, *Op. Cit.*, p. 577

pasiones o excesos producidos por la materia; 3) una felicidad que se alimenta de lo divino pero que, al mismo tiempo, comulga de lo humano, en tanto que los sujetos, gobernados por su mutabilidad, se esfuerzan constantemente para alcanzar la virtud al tiempo en que se lleva al alma a la perfección.

Sobre la última clasificación de la felicidad, aun cuando se habita en la dimensión material, pero se trata de alcanzar la virtud, la felicidad aparece en pequeños instantes en los cuales se comparten las experiencias que nutren la bondad del alma con los amigos o seres queridos; las aventuras o travesías que fortalecen al alma, acompañada de un amigo o pareja, también contribuyen a la contemplación de la virtud. Inclusive, en términos individuales, mientras exista un propósito que propicie el desarrollo anímico, dota de sentido la existencia de los sujetos, cobijandolos en la armonía, abriendo paso hacia la perfección anímica.

Conclusiones

Con el presente estudio no se afirma una verdad absoluta, tampoco que esto sea una guía que se debe seguir forzosamente, más bien, trata de retomar la importancia de las capacidades anímicas de los sujetos para considerar un aspecto que se ha dejado de lado en los últimos tiempos, que los seres humanos no sólo somos razón, también somos deseos, pasiones, espíritu, que conforman nuestra naturaleza y, por ende, no deben de ser omitidos, puesto que nos ayudan a contemplar la verdad desde un ángulo diferente.

La base en la cual se desarrollan las ideas agustinianas es entorno a Dios, el cual se manifestaba como lo más grande, puro y perfecto, quien ha conseguido estructurar una creación de dimensiones cósmicas que no alcanza a ser comprendida en su totalidad por el intelecto humano; misma constitución está por encima del bien y del mal conceptualizado por los sujetos. La creación de Dios es una danza en la que las causas y efectos mantienen en movimiento a todo el universo, un equilibrio que escapa del lenguaje humano pero que afecta a todo lo que yace en la creación, aunque por ahora se limitó al estudio del ser humano, una criatura con cualidades materiales y espirituales que le permite conocer lo que está más allá de la materia.

Se ha establecido que el ser humano se conforma por algo más que una estructura material al poseer cualidades espirituales. El alma, en la que descansa el intelecto, las pasiones, la voluntad, da como resultado una composición espiritual que expande el horizonte de existencia humana más allá de ser un ente en el vasto mundo, puesto que le otorga una conciencia sobre sí mismo, lo inspira a perseguir un propósito cobijado por la virtud, a compartir su mundo con sus semejantes y las criaturas vecinas.

El trabajo espiritual de los seres humanos consiste en hacer florecer la conciencia de los misterios de las capacidades individuales: las físicas, para concebir y dar cuenta del funcionamiento del mundo material; y las anímicas (la voluntad, las pasiones, deseos, sentimientos), que direccionan el actuar de los seres humanos, las cuales llenan de valor a las experiencias de los sujetos con los demás o del mundo material.

El conocimiento del mundo material, así como aquello que agrada al alma, se ejecuta en sintonía, reflejándose en el actuar de las personas. Sin embargo, los individuos, al estar inmersos a un orden social, están atados a seguir distintos lineamientos que, aparte de tratar de mantener un orden comunal, también marcan una distinción entre lo bueno y lo malo, dando como resultado que los habitantes se esfuercen por controlar sus impulsos para con los demás, aunque algunos lo pasen por alto. Por ende, se resalta la participación de la medida para con las pasiones humanas, consiguiendo un equilibrio para el alma, encaminando hacia la virtud.

Para que los sujetos consigan vivir en armonía dentro de su entorno se comienza desde el reconocimiento de uno mismo, sus fortalezas y debilidades, físicas y anímicas, persiguiendo la virtud, cuyo propósito consta de obtener una trascendencia alejada de los vicios que desgastan el cuerpo, el alma, la mente, atando al individuo en la duda que no le permite aprovechar al máximo sus capacidades. Por tanto, es importante fortalecer la voluntad de cada cual, mantenerse firme a propósitos que le permitan superar sus límites, dando cuenta de la gran fortaleza que habita en el interior de cada persona, misma que sumada a la virtud, manifiesta el orden interno, el cual debe conducirse hacia factores externos mediante la convivencia con los otros.

En cuanto a las experiencias que se comparten con nuestros semejantes, se debe dar cuenta de la transformación de la sociedad: los cambios de paradigmas enfocados en el desarrollo científico y tecnológico fortalecen la razón humana para conseguir el dominio de la naturaleza, desvelando los enigmas de la misma para generar un progreso, beneficiando a los individuos, confortando su existencia. Si bien, dichos cambios que revolucionan la existencia social son partícipes de un futuro distante de la temporalidad agustina, no está por demás detenernos un momento y considerar un amor que se nutre en la virtud, sumergido en algo que yace fuera de los límites del lenguaje, imitando su pureza, actuando como analgésico para una sociedad que adolece de un desarrollo espiritual, puesto que se concentra en una preparación intelectual que le permite a los individuos laborar en ámbitos en las que el flujo de bienes monetarios sea

gratificantes, de la cual depende culturalmente, el estatus social, la felicidad, el éxito, un propósito, así como el valor de la persona misma.

La búsqueda de uno mismo se ve opacada por el hambre incesante de las riquezas materiales, desequilibrando el estado anímico de los sujetos, puesto que, en muchos casos, la avaricia corrompe al alma, la cual también debilita las relaciones afectivas al considerar la convivencia con el otro como una mera competencia y a los amigos, como piezas clave para conseguir un propósito, provocando que su carácter virtuoso decaiga

El autoconocimiento abre paso a la manifestación sublime del ser humano, misma que se refleja en los otros en tanto que se actúa con bondad, dando pie a fortalecer la unidad social mediante lazos afectivos que no descansan sobre la conveniencia egoísta, más bien, con dicha amistad, los individuos se dirigen en el sendero de la virtud, fortaleciendo sus capacidades anímicas para gozar de plenitud. El amor allegado a la virtud, por su parte, une las almas de los individuos para conformar familias fuertes, que constituyen el cimiento de toda sociedad que trata de mantener la armonía (en tanto que dirige el actuar hacia la virtud), no sólo con los ciudadanos, también con aquellos entes con quienes se comparte el mundo.

En cuanto a la educación virtuosa, para el contexto de San Agustín reposaba bajo la tutela del cristianismo, que tenía como referencia un claro concepto de lo que es la virtud, así como el sumo bien, los cuales, eran afecciones de una deidad suprema. Sin embargo, los seres humanos, por sus cualidades espirituales que les fueron otorgadas por Dios tienen el potencial para dirigirse hacia dicha virtud por medio de la perfección del alma, limpia de los pecados del mundo material.

Considerando el deber de la limpieza de las almas, la perfección debe de construirse con paciencia, disciplina y con fuerza de voluntad; de igual modo se necesita cultivar el intelecto para discernir entre lo correcto y lo incorrecto, ya que el camino hacia la perfección se pule dentro de un sendero escarpado, en el que brotan experiencias que sacan a relucir los aspectos que nublan la visión del alma para con la virtud, provocando un desequilibrio interno. Si bien la perfección se remite a una deidad, los seres

humanos, al poseer una cualidad espiritual, tienen la capacidad de encaminarse a esa perfección, tratando de alejar el alma de las penumbras materiales hasta donde le permitan sus capacidades mortales, mismas que se mantienen en el limbo de lo terreno y lo divino.

Con el pasar del tiempo, los nuevos descubrimientos del mundo material no sólo contribuyen a la formación intelectual de las personas, también dan cabida a una revolución constante que trae consigo el amanecer de nuevos paradigmas. Desde la cúspide del desarrollo teológico y filosófico de San Agustín al Siglo XXI la humanidad ha tenido un constante cambio, mismo en el que las ideas teológicas y científicas enriquecen la vida de la sociedad antagónicamente. La educación que se imparte a los sujetos cumple con el objetivo de desarrollar, fortalecer y mejorar las capacidades cognoscitivas, cultivando el interés por el mundo material, sus misterios, así como los beneficios de este. El conocimiento se constituye mediante la investigación del macrocosmos y del microcosmos, poniendo en alto el papel de la ciencia como aquel camino único de veracidad, el cual también tiene como misión el potenciar las cualidades físicas y mentales de los individuos.

La ciencia trata de desenmarañar la verdad mediante métodos experimentales y comprobables, aspecto por el cual se explora, así como se da cuenta, del funcionamiento de todo el universo físico. Con ello no se alude a que dicha investigación deba ser revocada, al contrario, se exalta positivamente la participación del método científico para descifrar la verdad del mundo material, sin embargo, para el desarrollo humano parece factible la búsqueda de un procedimiento distinto que tome en consideración el mundo físico como la dimensión anímica.

Las novedades del mundo posmoderno constituyen una cultura en la que los individuos no solo se relacionan en un entorno físico, el mundo digital abre paso a nuevas tendencias que le dan una mayor importancia al mundo material, imponiendo modas, estatus de belleza; objetivos que se concentran en la búsqueda del éxito que es referido al consumismo y al placer, denotando una vida feliz. Los anuncios que aparecen día con día en la vida de las personas son un llamado a la adquisición de bienes y/o

servicios que le dan comodidad a la vida de las personas. Para poder hacerse de los bienes mencionados es necesario el flujo económicos, mismo que es adquirido mediante oficios o profesiones, sin embargo con el pasar del tiempo, en el terreno del mundo digital da cabida a nuevas oportunidades en las que la estética, las ideas que entretienen a los individuos, siempre y cuando el contenido sea aceptado por la mayoría de los internautas, permite la adquisición de grandes sumas económicas.

La vida social de los sujetos ahora se se encuentra en dos dimensiones diferentes, una virtual y ora física, mismas que conviven entre sí, y destacan una sociedad que no tiene barreras para conocer lo que está más allá de su horizonte, de aprender y de convivir con personas con una cultura y tradiciones diferentes, sin la necesidad de salir de su hogar. La sociedad se unifica en un espacio virtual gracias a la revolución digital, en la que los límites no tienen cabida, es un espacio en el cada sujeto, o cada organización, le da su propio orden; expresan sus intereses e inquietudes, y con relación a sus gustos e intereses, se configuran grupos de personas que se relacionan entre sí. En este punto, la socialización cambia drásticamente, ya no es el encuentro físico entre sujetos, ahora se trata de dos o más personas de diferente nacionalidad, en un determinado tiempo, conviviendo en un sólo punto, mismo que puede originar un cambio en el horizonte de la existencia.

La revolución del pensamiento, el florecimiento de nuevas ideas acerca de la existencia, el mundo, la situación política, ambiental, económica, social; el lugar que cumplen los individuos en la sociedad, entre muchos otros, se propagan con gran rapidez a través de internet y mediante las redes sociales. Los contenidos publicados en la red, se convierten en los modelos a seguir de las nuevas generaciones, dando como consecuencia que la búsqueda del conocimiento, así como el arte, se coloquen en un segundo plano al no remunerar económicamente de forma suficiente.

En el ámbito de lo artístico, las ideas yacen en una subjetividad en la que los sujetos denotan sus propias ideas, las cuales también reflejan un mundo que poco a poco llega a su ocaso al sobre explotar sus recursos; las melodías que deleitan las almas de las personas en el siglo XXI se configuran por letras que destacan la libertad

del movimiento extravagante de los cuerpos, así como la combinación del erotismo para una superación de la represión sexual. Por otra parte, también se representa la vida con placeres y deseos desmesurados, misma idea que se exalta constantemente para la publicidad, recordando la finitud de la vida, por ello, se muestra que cada segundo es valioso para disfrutar.

Las grandes empresas se sujetan a las emociones y sentimientos de las personas para llevar a cabo su trabajo de vender ciertos productos, consiguiendo uniformar a un porcentaje considerable de la población a través de la marca de sus productos, condicionando, al mismo tiempo, la vida de las personas.

Es importante que las personas retomen el pensamiento crítico para evaluar lo que de verdad necesitan al adquirir ciertos productos, aspecto que también contribuye a la formación de la identidad al momento en que se toman sus propias decisiones, esclareciendo lo que de verdad quieren o desean para sí mismas, y si la toma de decisiones contempla la virtud, entonces contribuye a un orden anímico que también se refleja en su vida cotidiana. El que las personas consigan un orden en su vida las hace libres de un mundo que les dice a los sujetos cómo vivir, imponiendo ideas para un éxito diseñado para el beneficio de otras personas; sin embargo, lo más importante es que ese orden hace libre al individuo de sí mismo, de aquellos temores que no permiten una trascendencia, más bien, trae consigo una motivación para la superación individual.

Para lo que los seres humanos están destinados, por sus cualidades físicas y anímicas, no debe de considerarse a la razón como la única vía para alcanzar una verdad; las emociones, sentimientos, los instintos, la intuición, también son factores importantes que, combinados con la razón, guían a los sujetos por una vida en la que las palabras solo alcanzan a expresar a la verdad mediante metáforas. Lo que es verdadero se conforma de una manera abstracta que no solo se manifiesta mediante fenómenos físicos, o teóricos, también de una forma distinta que se siente en la parte interna de los sujetos; aunque es algo que debe alcanzarse mediante el esfuerzo individual, se hace visible en la medida en que los sujetos se conocen a sí mismos, en tanto que perfeccionan sus capacidades físicas a la par de las espirituales, acrecentando la

voluntad, la confianza, el amor con los individuos; una verdad inefable que direcciona al alma por el camino de la virtud. Si bien cada individuo deposita su fe en una deidad diferente, o en estudios del mundo material, no debe hacerse a un lado lo que yace en el interior de cada sujeto, Las personas también deben de ser educadas para llevar a cabo su perfección física y anímica para hacer florecer al Dios que descansa en el interior del alma.

La educación virtuosa, para el contexto del siglo XXI, es un aspecto que no debería pasar desapercibido, más bien, es importante su integración en los planes de estudio de nivel básico para la formación de futuros ciudadanos que pongan en tela de juicio los acontecimientos que aparecen constantemente, tanto en su inmediatez como alrededor del mundo, permitiendo el vislumbrar de un horizonte diferente de la existencia, así como de la vida. Dicho horizonte puede plantearse como un nuevo objetivo y símbolo de éxito, el cual se deslinda de los excedentes materiales y económicos, teniendo como base el embellecimiento de la vida junto con la existencia; una constante que se construye diariamente, reflejada en los momentos que hacen sentir plenas a las personas, al tiempo en que la convivencia con los otros se dota de un significado alegre, destacando una amistad o amor genuina que contribuye a la constitución de una espiritualidad sana en los individuos.

La disciplina y constancia que deben de ser instruidos para conseguir que los sujetos fortalezcan su alma en la medida, junto con la virtud, necesita ser llevada a cabo con paciencia, justicia, valores y virtudes que son compartidos con los otros, nutriendo la empatía de cada quien para actuar de forma pacífica. La educación virtuosa debe dar cabida a una nueva forma de ser en el mundo, impulsada por las instituciones educativas, junto con los tutores correspondientes. Sin embargo, se hace un énfasis en los niveles de educación primaria y secundaria puesto que es necesario brindar a los sujetos más jóvenes un nuevo panorama de la existencia, para que tiempo después se conviertan en los tutores, maestros o guías ejemplares que puedan encaminar a una nueva generación que destaque por ser virtuosa, misma que se perfeccione en todos los ámbitos de su vida, no sólo en los quehaceres físicos, sino también en el desarrollo de

las capacidades anímicas que les abran las puertas a un futuro realmente feliz, una existencia plena, sin que exista un sentimiento de inferioridad o superioridad, de miedo u opresión.

La virtud que se trata de exaltar no radica en los límites religiosos, más bien, trata de salir del dogma o los ideales impuestos por una religión. Se intenta desentrañar una virtud conformada por el sentimiento empático de los seres humanos. De igual forma se precisa que, para dicha virtud, el balance entre la razón y la emoción funge como factor clave, dando como resultado una sabiduría que retoma los dos aspectos más importantes del ser humano, la cual, de igual manera, prepara a los individuos para afrontar aspectos que escapan de la materia, anidando en las pasiones febriles, la irascibilidad, el ocio mal empleado, el orgullo individualista que no le da paso a la crítica que da cabida a diferentes puntos de vista sobre algún tema en específico. Los valores como la disciplina, la tolerancia, la empatía, el amor, la amistad, entre otros; el desarrollo del pensamiento crítico, filosófico; y la puesta en práctica de lo ya mencionado siembra en el alma una virtud que guía a los sujetos a su propia perfección.

La vida de los sujetos que yace en la presión, monotonía, preocupación, la inestabilidad, la ira, la frustración, sin mencionar más, se fecunda en muchas ocasiones por la circunstancia de cada persona, o por las decisiones que lo han conducido a ello, sin embargo, para quienes adquieren una conciencia de su propia realidad y tratan de remediar su presente para conformar un futuro con un contexto diferente, es necesario educar sus propias pasiones, sus deseos, dando paso al desarrollo de una voluntad que se fortalece gracias a la constancia y trabajo individual.

Para San Agustín, dicha metamorfosis de un alma indisciplinada se produce gracias a que Dios derrama su sabiduría en las personas, sin embargo, los humanos, haciendo uso de su razón y motivados por los objetivos que desean alcanzar, tienen la oportunidad de cuestionarse a sí mismos y poner en práctica una autocrítica que motive a cada sujeto a cambiar el rumbo de su destino, puesto que cada persona tiene el poder de tomar sus propias elecciones, siempre y cuando el impacto de dichas decisiones impacte de manera positiva en el porvenir. Con ello se debe aceptar las situaciones o

circunstancias que, en nuestras posibilidades, no son capaces de cambiar, pero las que sí son capaces de tomar un rumbo diferente van a depender de la templanza anímica de los sujetos, y del valor que se tenga para afrontar nuestra propia idea de las cosas, de cambiar nuestras propias creencias e ideas; de fundamentar nuevos conceptos mediante nuevas experiencias que hagan poner en tela de juicio lo que se daba por hecho.

La educación virtuosa que se expone no es algo que se consiga trayendo a colación preguntas que cuestionen la existencia individual y social, más bien es una invitación a pensar quienes somos, a tener el atrevimiento de cambiar el rumbo de nuestra vida, de afrontar nuestros temores, tristezas, la cólera, el dolor; inclusive, observar desde un punto de vista diferente aquello que nos hace feliz, considerando si nos es grata la vida que estamos construyendo; rectificar si nuestros deseos o pasiones son momentáneos o no, y sobre todo, atrevernos a tener nuevas experiencias que nos hagan experimentar sentimientos nuevos, siempre y cuando se tenga el cuidado adecuado para evitar desbordar nuestras pasiones. Retomando las ideas agustinas de un cuerpo finito y un alma inmortal en la que descansa la razón, así como las emociones y sentimientos, entonces hay que convertir los instantes en eternidad mediante experiencias que conlleven emociones o sentimientos, ideas, razonamientos o conocimientos, que queden plasmadas en el alma, impulsandonos a concebir nuestra propia perfección, o lo más cercano a ella, tomando en consideración nuestras limitaciones humanas, para sentirnos satisfechos con nosotros mismos, así como con lo que nos rodea. De dicha forma es como se desarrolla la divinidad del ser humano.

BIBLIOGRAFÍA

- Capanaga Victorino, *Agustín de Hipona*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1974
- Hannah Arendt, *El concepto de amor en San Agustín*, Madrid: Encuentro, 2001
- Hipona de, Agustín, *Obras completas V*, 2 ed., Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1956
- Hipona de, Agustín, *Obras de San Agustín I*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1962
- Hipona de, Agustín, *Obras de San Agustín III*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1947
- Hipona de, San Agustín, *Obras de San Agustín II*, (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1974
- Agustín, Hipona de, *Obras completas de San Agustín XL*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1995
- Hipona de, Agustín, *Obras completas de San Agustín IV*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1948
- Hipona de, Agustín, *Confesiones*, México: Porrúa, 2007
- Hipona de, Agustín, *La ciudad de Dios*, XIV, 7, México: Porrúa, 2017
- Marta Gil, El cultivo de las humanidades y las emociones: reflexiones en torno a la educación moral y política: sobre la educación de las emociones, *Pensamiento*, n. 274, 2016, pp. 1141-1156.
<https://proyectoscio.ucv.es/wp-content/uploads/2017/05/04-Gil.pdf>
- Mujica Rivas María Lilián, “La dimensión pedagógica del término disciplina en San Agustín”, *Revista española de pedagogía*, no. 231, 2005, pp. 309-323, pp. 309, localizado en: <https://dialnet.unirioja.es/download/articulo/1290902.pdf>
- Nicola Abbagnano. *Diccionario de filosofía*, México: FCE, 1974

- Rojo, Josefa. “La virtud como Ordo amoris según San Agustín”. *Anuario Historia de la Iglesia*, no. 8, (1999): 418-423, localizado el 27 de junio del 2024, en: <https://hdl.handle.net/10171/11557>
- Saetero Pérez Tamara, “Amor y creatio, comercio, formatio, en San Agustín de Hipona”, **Tesis doctoral**, Universidad de Barcelona, 2014, pág. 27, localizado en: chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcgclefindmkaj/https://www.tesisenred.net/bitstream/handle/10803/283748/TSP_TESIS.pdf?sequence=1
- San Agustín, Capítulo 8 “¿Qué es el alma?”, *El espíritu y el alma*, Agustinus Hipponensis, [en línea] encontrado el 22 de septiembre del 2021, en https://www.augustinus.it/spagnolo/attribuiti_02/index2.htm
- San Agustín, Capítulo 4 “Las energías, cuatro afectos, cuatro virtudes, cinco energías del alma”, Agustinus Hipponensis [en línea], consultado el 22 de septiembre del 2021, en https://www.augustinus.it/spagnolo/attribuiti_02/index2.htm
- San Agustín, Capítulo 2 “El alma se entiende así misma”, *El espíritu y el alma*, Agustinus Hipponensis [en línea], consultado el 22 de septiembre del 2021, en: https://www.augustinus.it/spagnolo/attribuiti_02/index2.htm
- San Agustín, Capítulo 10 “El espíritu”, *El espíritu y el alma*. Agustinus Hipponensis [en línea], consultado el 30 de octubre del 2021 en https://www.augustinus.it/spagnolo/attribuiti_02/index2.htm
- San Agustín, Capítulo 14 “La amistad del alma y el cuerpo. Tres conjunciones admirables. Cuál es el bien del cuerpo, cuál es el bien del alma”, *El espíritu y el alma*. Agustinus Hipponensis [en línea], consultado el 30 de octubre del 2021 en https://www.augustinus.it/spagnolo/attribuiti_02/index2.htm
- San Agustín, libro 1 “¿Es Dios el autor del mal?”, *El libre albedrío*, Agustinus Hipponensis [en línea], consultado el 21 de enero del 2022 en: https://www.augustinus.it/spagnolo/libero_arbitrio/index2.htm

- San Agustín, Capítulo 1 “Finalidad del lenguaje”, *Del maestro*, Agustinus Hipponensis [en línea], consultado el 21 de enero del 2022 en: <https://www.augustinus.it/spagnolo/maestro/index2.htm>
- Santiago M. Insunza, “San Agustín, ¿Maestro para los jóvenes del siglo XXI?”, *Orden de Agustinos recolectos*, 2018, pp. 1-28, localizado en: <https://www.agustinosrecoletos.com/2018/07/formacion-permanente-2018-jovenes-san-agustin/#:~:text=Uno%20de%20los%20puntos%20de,siempre%20presentes%20en%20su%20vida%C2%BB>.